

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO Á DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28

Se suscribe en Madrid en la Administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos **Bailly-Bailliere**, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38



Hizo que la desnudase Corina, sin contestar á ninguna de las preguntas que esta la hacia. (Pág. 693, columna 2.ª)

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion. — Véase el n.º 43).

—¿Por qué me miran así? le preguntó en voz baja á Maricou.
Pasó como una nube por los ojos del labriego; pero respondió al momento:
—Será que vuestro traje los admira, porque nunca han visto una cosa igual.

Esta razon era suficiente; pero tal vez no era aquella la causa de la curiosidad de los habitantes de la landa, porque Maricou prosiguió:
—Sin embargo, tranquilizaos, señora.... no temais nada.... absolutamente nada.... somos muchos y estamos armados.
Esta seguridad que atestiguaba un peligro, fué causa de un nuevo terror para Mme. Cros; pero marchó adelante y no dijo nada.
—¿Qué número de habitantes es el que hay aquí? dijo Mr. Perrin, aproximándose á Maricou.
—Hay trescientas cincuenta personas de todos los sexos y edades.

—¿Pero cuántos hombres puede haber en estado de trabajar?
—Un centenar, sobre poco mas ó menos, si la voluntad no fuera la mitad de la fuerza.
—Os esplicais de un modo notable, dijo Mr. Perrin que le habia llamado la atención el modo con que le habia contestado Maricou. ¿Habeis estudiado?
—Sé leer y escribir, dijo Maricou con modesta satisfaccion y halagado verdaderamente de la observacion de Mr. Perrin; y leo algunas veces, cuando encuentro un libro por casualidad.
—¿Pues bien! amigo, yo os daré libros.... y si queréis, hablaremos un poco.... Tal vez sois

el solo hombre capaz de llevar á cabo nuestra empresa.

Maricou meneó la cabeza.

—No tengo corazon para emprender nada, señor, dijo; y aun cuando desprecio el estado en que me veo, me quedaré en él; á menos que una persona con quien tengo que consultar, me aconseje de hacer un ensayo.

—¿Pero vos no desearéis el vivir entre esta gente? le contestó Mr. Perrin.

—Es necesario que me quede, y lo vais á ver muy en breve.

En aquel momento llegaron á la casa de Maricou, y una mujer como de cincuenta años les abrió la puerta. Debía haber sido muy hermosa en su juventud y su semejanza con Pedro probaba que era su madre.

—¿Está todo listo? le dijo Maricou con rudeza y brevedad.

Ella le miró un momento mientras se colocaba junto á la puerta con el sombrero en la mano para dejar paso á Mme. Cros y á Mlle. de Chevalaine, y retiróse balbuceando entre dientes estas palabras.

—Ya me lo habia dicho ella.

Penetraron en una espaciosa habitacion, cuidadosamente estucada, y Mme. Cros notó que las ventanas estaban guarnecidas de gruesas barras de hierro; que las hojas eran de una madera muy sólida, en las que habia practicadas espesas troneras, y que varias escopetas de caza estaban colgadas sobre una gran chimenea.

Algunos grabados sin cuadros adornaban las paredes, siendo la mayor parte de ellos de motivos santos. Tan solo uno representaba, en cuatro cuadros pequeñitos, una de esas historias que seducen la imaginacion con facilidad. Era la marcha de un quinto que dejaba su aldea, sus aventuras, y su vuelta con las caponas de coronel.

—¿Cuántas veces ha debido soñar ese hombre ante esta litografía! pensó Mme. Cros; ¿y quién mejor que él para realizar dicha novela, si hubiese vivido en una época en que fuera posible el hacerlo?

Estaba entregada á estas reflexiones, cuando le sorprendió el ver entrar á Gros-René, con un gorro de algodón echado sobre la oreja y anunciando que el almuerzo estaba servido.

—He sido yo el que lo ha enviado esta mañana temprano, guiado por un chico que me habia proporcionado Maricou, le dijo Mr. Perrin viéndolo su sorpresa.

—Nunca podré comer en estos sitios, dijo Mme. Cros.

—Comed, comed, le dijo Mr. Perrin. Cuando el estómago está repleto, las ideas se van con facilidad; y como el miedo se acrecenta con ellas sobre todo, es necesario evitar ese peligro.

Pasaron á otra segunda pieza, tan limpia como la primera, amueblada casi con cierta especie de coqueteria, y en la cual habia una mesa perfectamente servida. La manteleria y la plateria de Mme. Cros habian hecho el gasto; y esta no pudo menos de decirle á Mr. Perrin:

—¿Cómo habeis enviado á un hombre solo con cosas de tanto valor?

—Ninguno de los que temeis conoce su precio, señora, repuso Maricou que habia oido la observacion; además el peligro ha venido conmigo.

—¿Qué decís? exclamó Mme. Cros que no comprendió el sentido de las últimas palabras.

—Señora, cuando no estoy aquí, repuso Maricou, la idea de mi vuelta los espanta. Por lo tanto, puedo dejar á mi madre enteramente sola sin ningun temor, y podria dormir con las puertas abiertas; porque si la tocasen, saben que de un modo ó de otro los esterminaria; pero cuando estoy entre ellos, necesito fortalecerme si quiero dormir en paz; porque si consiguieran matarme, saben perfectamente que nadie se tomaria el trabajo de vengarme.

—¿Les habeis hecho mal, segun eso? dijo Mme. Cros.

—No señora; pero me tienen miedo y envidia. Esta casa que he hecho construir por obreros estraños, les parece un palacio que todos quisieran poseer; y apenas fuera suya, la dejarian deteriorarse y venirse al suelo.

En aquel momento Mlle. de Chevalaine dijo en voz bastante alta:

—Mariana (era el nombre de la madre de Maricou) decid á Mme. Cros, que nos puede dar de almorzar.

Esta, como si no hubiera oido la nueva impertinencia de su prima, se sentó é hizo los honores de la mesa con una naturalidad perfecta, al menos en apariencia.

Estaba tan preocupada en ocultar su terror, que no fijó su atencion á una cosa que notó Mr. Perrin; y era que Mariana que se habia quedado para servir la mesa, desempeñó su cargo con una habilidad, que probaba no era nueva en aquel servicio. Pero es posible que, aunque lo hubiese apercibido, no hubiera sido un motivo de serias reflexiones para ella como lo fué para Mr. Perrin.

El almuerzo se terminó con inagotables elogios del cura y de Mr. de Chevalaine, dirigidos á la improvisada cocina de Gros René.

Mlle. Lucía comió mucho, bebió con frecuencia y dijo mil necedades é impertinencias por las cosas mas triviales.

En cuanto á Mr. de Fernic y Mr. Blanchet, estuvieron muy comedidos, y parecia que cada cual por su parte tenia preocupaciones, con las que seguramente no habian salido por la mañana.

Al fin del almuerzo se habló de visitar algunas barracas, y de llegar hasta la importante curiosidad de aquella landa, que era el Salto del Ciervo.

Como nadie queria mostrarse arrepentido de aquella excursion, se decidió emprender la marcha nuevamente. Además el coche debia haber rodeado el retamal y no debia estar lejos.

Se levantaron, pues, de la mesa y dejaron la habitacion.

Maricou se habia quedado en la primera pieza; y un pedazo de pan negro y cebollas crudas que estaban en una mesa pequeña á su lado, indicaban que se habia desayunado con aquellos alimentos.

VII.

Mme. Cros se arrepintió de no haber pensado en aquel pobre jóven, y casi estuvo por ofrecerle los restos del almuerzo; pero aquel campesino tenia un semblante que no permitia que se le hicieran semejantes ofertas; y cuando Mme. Cros entró, se levantó como lo hace un caballero ante

una señora, y no como un criado ante su ama.

—Pedro, dijo Mlle. Lucía, ¿quién nos acompaña al Salto del Ciervo?

—Yo, señorita, dijo, y haceis bien en apresurarnos, porque podemos tener mal tiempo; y mientras tanto, se echaba una escopeta sobre el hombro y cogia su palo.

—Madre, si vuelvo, le dijo á Mariana, no abrais hasta que os hable.

—¿Volverás esta noche? le preguntó su madre.

—No lo sé.

—El pasar las noches sola es algo duro.

—Cuando no nos imponen mas que las tinieblas, no son largas.

Mariana bajó la cabeza y no replicó. Maricou salió sin decirle adios, así como tampoco le habia dado los buenos dias al entrar.

Esta circunstancia hizo nacer en Mme. Cros una cosa parecida al disgusto; mas despues se arrepintió de haber pensado mal de aquel jóven singular.

Pero aquella impresion se borró instantáneamente, cuando notó la colérica mirada con que observaba á Lucía mientras que hablaba con Mariana. Decididamente debia existir un terrible secreto entre la madre y el hijo, secreto que debia conocer Mlle. de Chevalaine.

Ocupada con aquella idea, que acrecia su curiosidad por momentos, Mme. Cros hubiera deseado estar á punto de escuchar la confianza de Maricou: se apresuró, pues, á seguirle, sin reparar que Mr. Camilo Perrin no estaba á su lado, y el cura y los caballeros Chevalaine y Blanchet siguieron detrás, mientras Mr. de Fernic, á quien no habian agradado las maneras de Mlle. de Chevalaine, se aproximó á Mme. Cros y se puso á hablar con ella de cosas indiferentes; pero Mme. Cros hizo girar la conversacion sobre la singular romería que estaban haciendo.

A lo que Mr. de Fernic le contestó:

—Concibo que esto no sea muy divertido; pero no por eso es menos digno de ser visitado y observado, porque esta poblacion es de un tipo totalmente distinto al de nuestras razas primitivas; y no me sorprenderia que fuesen los restos de esa invasion de los bohemios que se creen perdidos: ese color livido y atezado, esos cabellos negros, ese perfil tan bien marcado, me lo indican; teniendo en cuenta, además, que sus principales comunidades han habitado el Maine, el Anjou, y la Bretaña; y que los últimos datos históricos en que se habla de los bohemios, han sido recogidos en Rennes.

—Luego entonces, dijo Mme. Cros, ¿creéis que nuestro guia pertenece á esa familia?

Mr. de Fernic se llevó el dedo á los labios con una mirada espresiva y bajando del todo la voz, le dijo:

—Silencio sobre ese hombre....

Mme. Cros se admitió de la prudencia de Mr. de Fernic, y tuvo aun mas curiosidad de conocer la historia de Maricou.

Algunos momentos despues llegaron al Salto del Ciervo. No era mas que un hueco enorme de unos doscientos piés de ancho, y casi de igual profundidad.

Dice la historia que cierto conde de Chevalaine que perseguia á un ciervo hasta aquel sitio, saltó el precipicio; y que el cazador, furioso al

ver que se le escapaba su presa, quiso imitarle y cayó en medio de la hoya. La crónica añade que el ciervo, habiendo oído la caída, se volvió y bajó á su fondo para concluir con el cazador que lanzaba profundos gemidos; pero que el conde se levantó, y hundiendo su puñal en la garganta del animal, lo tendió muerto á sus piés.

Efectivamente, sobre una prominencia de tierra que se eleva en el fondo de aquella hoya, y sobre el agua fétida que lo cubre, se ve exactamente la apariencia de un hombre que tiene á sus piés un ciervo muerto.

—El capricho de la naturaleza es muy notable, dijo Mme. Cros; y no me admira que haya dado nacimiento á la singular historia de que es objeto.

Entre tanto Maricou daba vueltas alrededor de la hoya con aire inquieto, y se tendió en el suelo durante algun tiempo, hasta que Mme. Cros se aperció de ello y lanzó un grito de asombro. Cuando Maricou se levantó, tenia en la mano un giron de un vestido, que habia desenredado con su palo de una zarza, y se volvió hácia los curiosos despues de haber examinado el pedazo de tela diciendo:

—¡Está ahí!

Luego guardósele en el bolsillo, y dijo á los viajeros:

—Señores ya es tiempo de irnos.

—Tienes razon, dijo Mlle. de Chevalaine, que parecia estar muy preocupada.

—De pronto, Maricou exclamó con una rabia espantosa:

—¿Pero dónde está Mr. Perrin?

Mme. Cros, Mr. Blanchet, el cura, Frans de Fernic, y hasta el mismo caballero de Chevalaine, se miraron con asombro. Pero Mr. Perrin no estaba con ellos.

—Se habrá quedado tal vez en las barracas, dijo Mr. de Fernic.

—O puede ser que se haya vuelto con Gros-René, que ha tomado por el mismo camino que traje.

—No, no señora; he visto pasar á Gros-René, por la altura de la Cruz de Hierro, al trote largo, porque lo vigilaba tambien; y estaba solo. Ningun hombre hubiera podido seguirle á pié.

—Entonces es que Mr. Perrin está en las barracas, dijo Mr. Blanchet.

Maricou miró á Lucia que se puso estremadamente pálida y pareció que iba á interrogarla, cuando, cambiando sin duda de pensamiento, le dijo á su hermano.

—Vosotros sois cuatro: conducid á la señora hasta el castillo; Mlle. de Chevalaine que sabe el camino, os guiará, y yo volveré á la aldea para buscar á Mr. Perrin, y os lo devolveré esta noche.

—Creo que Mr. de Chevalaine y Mr. Blanchet bastarán para conducir á las señoras y al señor cura, dijo Mr. de Fernic; en cuanto á mí, me quedaré con vos, Maricou.

Este pareció dudar; consideró un momento á Mr. Blanchet que temblaba de piés á cabeza, y repuso en tono sombrío.

—No señor, es necesario que vayais con ellos Mr. de Fernic.

—¿Es necesaria su presencia estando mi hermano? dijo Lucia.

—Sí, dijo secamente Maricou.

—Pues venid tambien con nosotros, prosiguió Mlle. de Chevalaine; Mr. Perrin parecerá sin la ayuda de nadie.

—Hay otro medio mejor, dijo Mme. Cros: volvámonos juntos á las barracas, y no saldremos de ellas hasta despues de haberlo encontrado.

—Señora, repuso Maricou, antes de una hora principiará la lluvia y no venis vestida para arrostrarla.

—No os inquieteis por eso, dijo Mme. Cros, no soy ni tan medrosa ni tan delicada como quieren hacerme; y declaro que no me iré hasta que hayamos encontrado á Mr. Perrin.

—Es el mejor medio tal vez, dijo Maricou. En ese caso es necesario tomar nuestras medidas. Mr. Fernic, revisad vuestra escopeta y cargadla con bala.

Frans hizo lo que le indicaba Maricou.

—¡Es extraño! exclamó, han quitado los pistones.

Maricou se apretó la frente con rabia.

—¡Despachémonos, despachémonos!

—Señora, le dijo á Mme. Cros; tomad mi brazo porque necesitamos andar de prisa. ¡Oh, Dios mío! exclamó con acento desolador, ¿de quién me he de fiar?

Y olvidó probablemente lo que le habia dicho á Mme. Cros, porque echó á andar apresuradamente sin esperar á nadie.

—Mr. de Fernic, Mr. Blanchet, el cura y Mme. Cros, lo siguieron inmediatamente; pero Lucia de Chevalaine retuvo un momento á su hermano, y una conversacion acalorada tuvo lugar entre ambos á juzgar por sus gestos; pues hablaban en voz baja y no se les entendia ni una palabra.

Lucia parecia estar irritada hasta el último grado, y queria obtener sin duda una concesion que su hermano la rehusaba.

Por último, no queriendo soportar indudablemente las quejas ó las amenazas de su hermana, la dejó bruscamente y se adelantó hácia Maricou exclamando.

—¡Pedro! ó encontraremos á ese señor, ó pierdo el nombre que tengo.

—¡Gracias á Dios! le contestó Maricou, y puesto que os prestais á ello de buena voluntad, proteged la izquierda para que no puedan ganar el Salto del Ciervo mientras atravesamos los primeros retamales, y el señor cura os seguirá porque me parece que está muy cansado para venir con nosotros.

—Lorenzo aceptó esta proposicion con alegria; y mientras su hermana dudaba en seguirle en su marcha, Maricou se detuvo tambien y dejó pasar las demás personas: parecia que le decia á Mlle. de Chevalaine:—«Obraré segun obreis.»

Para comprenderse bien, es necesario conocerse hasta en los mas recónditos pensamientos; y era necesario que no mediase el mas mínimo secreto entre Mlle. de Chevalaine y el aldeano Maricou; porque el menor gesto les sirvió para adivinarse.

Por su parte, apenas Mlle. Lucia observó la actitud que tomaba Maricou, cuando dejó que su hermano se alejase solo y se reunió á Mme. Cros; pero sin dirigir la palabra á Pedro, al que lanzó una colérica mirada.

Se apresuró la marcha, y en poco tiempo llegaron á las primeras casas de la aldea; pero to-

das las puertas estaban cerradas cómo si fuese media noche.

Maricou se abalanzó rápidamente hácia ellas, y despues de haber examinado unas veinte barracas, se detuvo y pareció profundamente consternado.

Mme. Cros á quien espantaba aquella soledad, se apresuró á reunirse á él y le preguntó lo que significaba aquel silencio.

—¡Oh! los miserables! exclamó Maricou; ¿qué habrán hecho? ¿en dónde estará? Con tal...

—¡Gran Dios! exclamó Mme. Cros palideciendo.

—No, dijo Maricou; no se habrán atrevido, no es posible; y sin embargo.... se han encerrado....

—Efectivamente, dijo Mr. Blanchet cuando llegó: ¿por qué no se ve á nadie?

—¿No lo comprendéis? Quieren que vayamos de puerta en puerta preguntando si han visto al extranjero, y todos dirán que no. Y suponiendo que registremos las barracas una por una, no concluiríamos en dos dias.

—Pero, ¿qué hacer entonces? dijo Mme. Cros.

—Volvamos á mi casa y verémos.

Dió algunos pasos y se detuvo exclamando.

—No, no, querer que mi madre hablara, seria sentenciarla á muerte.

—¡Pues bien! exclamó Mme. Cros, nos la llevarémos, y os prometo asegurar su existencia.

—Mi madre está bien aquí y no saldrá ya, dijo Maricou con aire ta citurno; y ya que lo ha querido....

Se detuvo: y una cruel incertidumbre, y un combate tan violento como terrible, pareció agitarse en su interior; Lucia triunfaba: por último, murmuró con desesperacion.

—¡Es necesario!

Y sin hablar palabra, se adelantó vivamente hácia su casa.

Mme. Cros, Mr. de Fernic y Mr. Blanchet le siguieron; pero en el instante que Lucia se vió libre de la vigilancia de Maricou, se volvió hácia atrás rápidamente para reunirse con su hermano.

Algunos minutos despues llegaron ante la casa de Maricou; pero este entró apresuradamente y cerró la puerta tras de él; de modo que Mme. Cros y sus dos compañeros se quedaron solos.

Mr. de Fernic, que era el que estaba armado de los dos, miró rápidamente en torno suyo, y le dijo á Mr. Blanchet.

—Ponéos á un lado de la señora, que yo me colocaré al otro, y esperemos: porque lo que nos sucede es muy extraordinario.

—Pero, señor, le dijo Mr. Blanchet; estoy precisamente frente á las ventanas de ese miserable que nos ha traído aqui, y ya sabeis que todas tienen troneras como si fuese una ciudadela; y que estoy sin armas.

—¿Y creéis que mi escopeta me escuda contra un tiro que me envíen desde esas ventanas? le dijo Mr. de Fernic; pero no importa; ocupad mi sitio.

—Ya, repuso Mr. Blanchet, despues de haberse colocado en el puesto que abandonara Mr. Fernic; pero desde esas barracas pueden tirar sobre nosotros como si fuéramos un blanco.

—En ese caso, caballero, dijo Frans con desprecio, acostaos en el suelo y el peligro no se rá tan eminente.

—Pero ¿por qué no llamamos á la puerta de Maricou, repuso Mme. Cros?

—¿Por qué se habrá encerrado en su casa si quiere ayudarnos?

—Creo que no habrá querido que presenciemos la esplicacion que probablemente va á tener con su madre.

—En ese caso, lo mejor que podemos hacer es esperar en este sitio para que no parezca que queremos escuchar, si nos acercamos á su casa; y si en cinco minutos no sale, entonces tomaremos otro partido.

—¡Cinco minutos! dijo Mr. Blanchet; ¿pero no calculais que en cinco minutos tienen tiempo de asesinaros á todos?

—¡No señor, no nos asesinarán! dijo Fernic; pero esto tendrá consecuencias mas graves de lo que piensan los autores de esta broma.

—Caballero, si tomaseis esto como una broma, repuso Mme. Cros, no amartillaríais las llaves de vuestra escopeta.

En esto, oyeron en la casa de Maricou el sonido de su voz y luego la de su madre. Sostenian ambos una discusion violenta, pero sin que se entendiera lo que hablaban. El acento de Maricou, era amenazador y parecia que se encolerizaba por momentos, y por último, Mariana no respondió mas, aunque Pedro continuaba hablando con violencia.

—En fin, Mme. Cros oyó de pronto un ruido sordo como el que produce un golpe dado violentamente: el silencio mas profundo reinó desde entonces en la casa, y Maricou apareció en la puerta la cual cerró trás de él. Su semblante estaba contraído y tenia dos escopetas en la mano; y dándole una á Mr. Blanchet, le dijo:

—Puesto que tanto miedo teneis, tened al menos el valor de defenderos; porque no he podido saber nada allí, y señalaba hácia su casa. Luego miró en torno suyo, y exclamó con una especie de terror:

—¿Pero dónde está Mlle. de Chevaine?

—Nos ha dejado, dijo Mr. de Fernic, en cuanto os adelantasteis para entrar en vuestra casa.

Maricou no respondió y descargó su escopeta al aire; escuchó despues, pero no se oyó el menor ruido; hizo fuego segunda vez, y reinó el mismo silencio en la aldea.

Lorenzo de Chevalaine, á quien iba dirigida dicha señal indudablemente, no respondió. Entonces pareció que todas las dudas de Maricou se concluyeron ante aquel silencio.

—Mejor, murmuró Maricou; se concluyó. Ahora venid, que antes de cinco minutos Mr. Perrin estará con nosotros.

VIII.

Prosiguió su marcha y dirigióse hácia la vivienda de Farrenc. La puerta estaba cerrada, y Maricou llamó á ella violentamente.

Nadie contestó: aquel silencio en medio de un día claro, entre aquella multitud de barracas, era mucho mas siniestro que si hubiese sido de noche.

El pensamiento de que estaban rodeados de enemigos que podían salir de cualquier lado sin que se supiera de quien se tenían que defender, asaltó á Mr. de Fernic, y le dijo á Maricou:

—¿No sería mejor encerrar á la señora en vuestra casa y volver en seguida los dos solos?

—Ya no tengo casa aquí, respondió Maricou; esa casa es de mi madre y no hace mucho le he dicho que no volveré á entrar en ella.

—¡Pues bien, acabemos! dijo vivamente Mr. de Fernic, bastante hemos esperado vuestro pretendido socorro.

—¡Cada uno hace lo que puede en este mundo! repuso bruscamente Maricou, y si quereis decirme lo que podemos hacer en este momento, os lo agradeceré infinito.

—Al menos puedo estar seguro, dijo apuntándole con su escopeta, de que vuestra vida pagará vuestra traicion, si nos acontece la mas leve desgracia. Haced abrir esa puerta, ó creeré que estais de acuerdo con los miserables que estan encerrados en la casa.

—Y esos miserables, respondió Maricou, deben reirse á mas y mejor, al ver que amenazais al solo hombre que puede salvaros.

—¡Si, si! exclamó Mme. Cros, bajad vuestra arma, primo mio, os respondo de la probidad y del honor de ese jóven.

—Siendo así, dijo Mr. de Fernic abochornado de la sospecha que habia mostrado y alegrándose de poder fiarse de Maricou, y sin que pareciera que cedia, continuó:—Si es así, repito, que tendré la mayor confianza en él; pero creo que si nos comunicase sus proyectos, podríamos secundarlos mas activamente.

—Mis proyectos se esplicarán por si solos, repuso Maricou, y vais á verlo.

Y aun no habia concluido estas palabras, cuando llamó á la puerta con nueva violencia sin obtener mejores resultados.

Esta vez no esperó que le contestasen; y arrojándose de su palo, introdujo su herrada punta entre la puerta y el poste que le servia de bastidor; pero la puerta, á mas de la cerradura, estaba asegurada por dentro.

—Seguid apretando, gritó Maricou, y mientras que Mr. Blanchet y Fernic hacian nuevos esfuerzos, se subió al techo, y en breves instantes practicó un agujero en él.

—¡Eh! dijo metiendo por él su escopeta; ¿duermes, Farrenc? Pues te voy á despertar. Vengo del Salto del Ciervo y tengo en mi bolsillo un pedazo de trapo para tí.

—¿Por qué vienes á destrozarme mi casa? qué es lo que quieres?

—Si no quieres abrir la puerta para que te lo diga en voz baja, mi escopeta te lo dirá por mí.

Farrenc, que estaba sentado apaciblemente en un rincon de su barraca, se levantó y desembarazó la puerta del cofre y las pesadas piedras que la reforzaban.

Maricou, sin bajarse del techo, y en cuanto la puerta estuvo abierta, le dijo á Mr. Fernic:

—No toqueis á ese hombre; pero rompedle la cabeza si no sale de la choza ó si da un grito.

Farrenc salió tan impasible como si no hubiera oido dicha amenaza.

Maricou, por su parte, se subió al caballete del techo, y miró en lontananza murmurando:

—¡Ah! esperais el fin de la historia para venir... pues verémos... verémos.

Y en seguida se puso á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Eh! podeis iros, Mr. de Chevalaine, y vos tambien, señorita. Ya hemos encontrado á Mr. Perrin, que lo tenia oculto Farrenc. Haced que

vengan el coche y los caballos lo mas pronto posible.

Pues Gros-René se habia llevado los caballos del caballero de Chevalaine, de su hermana y de Mr. Fernic hasta el sitio en que estaba el coche.

En aquel momento Farrenc se desmandó; pero Fernic le apuntó con su escopeta, y Maricou se bajó del techo y le dijo:

—Vamos á ver, ¿dónde está ese caballero que ha venido con nosotros?

—¿Qué caballero? Yo no he visto á nadie.

—Estabas en tu puerta cuando pasamos por aquí, repuso Mr. de Fernic.

—¡He visto pasar á tantos!

—No os molesteis en discutir con ese hombre, dijo Maricou. Ya sabe lo que le preguntó; y dirigiéndose á Farrenc, prosiguió:—No tengo mas que una palabra que decirte: si ese caballero no parece dentro de cinco minutos, vas á venir con nosotros; yo mismo me encargó de presentarte al brigadier de la gendarmeria.

—Como quieras, respondió Farrenc; porque entonces haré el mismo favor por tu madre.

—Mi madre no tiene ya nada que temer, ni de tí ni de nadie: se ha marchado para siempre.

Esta noticia destruyó, al parecer, la obstinacion de Farrenc, que sin embargo, repuso:

—Cuando vea tu casa vacia, entonces te creeré.

—Ven, le dijo Maricou, y lo que vas á ver, te hará hablar seguramente.

Se pusieron nuevamente en camino, marchando delante Farrenc y Maricou, y los demás en pos de ellos; pero las últimas palabras de Pedro, y el tono siniestro con que habia pronunciado: «Mi madre se ha marchado para siempre, y lo que veas te hará hablar,» habian a sombrero á los viajeros. Estas palabras podian tener una significacion horrible.

Fernic, Mr. Blanchet y Mme. Cros se miraron con espanto, estremeciéndose á la idea del espectáculo que tal vez iban á presenciar; pero cuando estuvieron cerca de la casa, Maricou y Farrenc penetraron solos en ella, y salieron casi al momento.

—Venid, dijo Maricou, os van á devolver á Mr. Perrin.

En efecto, Farrenc condujo inmediatamente á los viajeros hácia una de las barracas, que se abrió á su vez.

Descubrieron un agujero abierto en el suelo y oculto con tablas cubiertas de paja, y de él salió Mr. Perrin, cuyo primer movimiento fué para Mme. Cros.

—No me habia equivocado, contaba con V... y miró sucesivamente á los demás compañeros que venian en su busca.

Hizo una ligera señal con la cabeza á Maricou y á Mr. de Fernic, que queria decir claramente que estaba seguro de ellos; y tendió la mano á Mr. Blanchet, diciéndole:

—Vos tambien, Mr. Blanchet; ¡ah! os doy las mas expresivas gracias.

Volvió á mirar de nuevo y repitió:

—No me habia equivocado.

Esta palabra llamó la atencion de Mme. Cros; pues significaba, sin duda ninguna, que Mr. Perrin no se admiraba de no ver á los Chevalaine entre los que se habian ocupado de él, y que de-

bia tener, por lo tanto, razones particulares para pensar de dicha manera, que se propuso indagar más tarde.

Todo esto había pasado en algunos segundos, y Mr. Perrin prosiguió dirigiéndose á los habitantes de la barraca:

—En cuanto á vosotros, ya sabéis lo que os he prometido, y cumpliré mi palabra; y á no ser que no quede en Francia ni un gendarme ni un fiscal, os juro que tendréis noticias mías.

—No haréis eso, señor, repuso Maricou, tan solo hemos podido salvaros con la condicion de que esta ocurrencia no tendrá ningun resultado.

—Esa es una condicion que no podiais ni hacerla ni aceptarla, porque no hay sociedad posible cuando la ley retrocede ante la violencia y la debilidad de algunas personas.

—No entiendo lo que decis, dijo bruscamente Maricou; pero si no hubiésemos aceptado dicha condicion, podiais haberos despedido del sol por hoy y para siempre.

—Y si hubiera sabido lo que esto debía costar al orden, no hubiera salido de mi agujero; y prefiero entrar en él si Mr. de Fernic me promete el enviar magistrados que me salven ó que me venguen.

—Como gustéis, dijo Maricou. Farrenc, no te he prometido nada, puedes disponer de ese hombre.

—Que se vaya, dijo Farrenc, no le temo.

—No quiero hacerte traicion, le dijo Mr. Perrin; si me dejas marchar, daré parte de lo ocurrido y te perseguiré.

Farrenc se encogió de hombros.

—Hacedlo si os atreveis á ello, dijo; en cuanto á mi, tengo garantías: lo demás le concierne á Maricou.

—La vida de mi madre responde de la suya, Mr. Perrin, dijo Maricou.

—Mr. Perrin, añadió Mme. Cros, alejémonos de aquí, y yo tambien me comprometo con esos hombres á que no se les perseguirá.

Mr. Perrin meneó la cabeza, y los viajeros emprendieron su marcha.

Y fué silenciosa, porque al marchar, dijo Maricou en voz baja.

—Pronto, pronto, que la noche se acerca, y aun no estamos fuera de las landas.

A pesar de la rapidez de su marcha, echaron una media hora antes de llegar al coche.

Cuando llegaron, Mr. de Chevalaine estaba durmiendo en el suelo, y su hermana estaba sentada en un cerro, apoyando la cabeza entre sus manos.

Apenas oyó que se acercaban, exclamó afectando una alegría que desmentia su preocupacion:

—¡Y bien, Mr. Perrin! ¿Ha sido mas pesada la broma de lo que pensamos al principio?

—¡Ah! dijo Mr. Perrin con un tono bastante seco; ¿llamais á eso una broma?

En aquel momento, Mr. de Chevalaine se despertó, levantóse prontamente y dijo con seriedad.

—¡Ah! ¿estais aquí? Pues me alegro.....

—Algo asombrado de nuestra broma, dijo Lucia mirando á su hermano.

—Es verdad..... es verdad, repuso Mr. de Chevalaine; era una broma.

—¡Una broma! ¿y con qué objeto? dijo seriamente Mr. de Fernic.

—Para saber si esto os asustaria un poco.

—¡Ah, era por eso! repuso Mr. de Fernic. Pues bien, en cuanto á mi, lo acepto como broma..... pero en nuestro estado, mi querido primo, lo mismo se pide razon de un insulto como de una broma.

Mr. de Chevalaine miró á su hermana con aire de queja, y repuso al momento:

—Como gustéis, primo mio, estoy á vuestras órdenes y á las de estos señores.

—Eso es lo que tendrémos aun que decidir, dijo con voz severa Mr. Perrin; cuando nos aseguremos de que esto es realmente una broma.

—¿Y qué creéis que sea?

—Aun estamos en la landa, dijo Maricou con voz sombría; señora, señor cura, Mr. Perrin y Mr. Blanchet, subid al coche; y vos, Mr. de Fernic, no os separéis un paso del carruaje: en cuanto á mi, con vuestro permiso, me sentaré junto al cochero.

Obedecieron todos en silencio, y hora y media despues entraban en el castillo.

Era probablemente el momento de las esplicaciones. Pero Mr. Blanchet y el cura se retiraron inmediatamente; Mr. de Chevalaine hizo otro tanto; y á Mme. Cros le dijeron que su esposo hacia dos horas que habia vuelto, tan cansado, que se habia acostado sin cenar.

Esta circunstancia habia sido mencionada por Gros-René, con un acento tan burlon, que parecia revelar algun acontecimiento; pero Mme. Cros no juzgó oportuno el interrogarle, porque tenia mucho que hacer por su parte; Mr. Camilo Perrin no fué de este parecer, y mientras Mme. Cros se retiró á su habitacion, se quedó en el salon con Mr. Fernic y Gros-René, que les contó lo que habia pasado.

En cuanto á nosotros, seguiremos á Mme. Cros hasta su cuarto, en donde apenas llegó, hizo que la desnudase Corina, sin contestarle á ninguna de las preguntas que esta le dirigia, y se puso inmediatamente á continuar su carta.

(Se continuará.)

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuacion.—Véase el n.º 43).

El era hermoso y hablaba de amores como un romance morisco.

Ella le oia con placer y apretaba el brazo del enfermo contra su pecho, y se la desvanecía la vista.

La pobre doncella no sabia que estaba locamente enamorada.

Muchas noches, á la luz de la luna, sentados en la margen del arroyo, dejaban correr las horas sin acordarse de nada.

Horas de plácida calma y dicha sin igual, que despues que han pasado rozando nuestro corazon con sus vaporosas alas, y se presentan en el horizonte de los recuerdos como esas nubes blancas y caprichosas que vemos flotar en el espacio en una noche de verano, entretienen dulcemente las

pálidas vigiliias de la ancianidad, y derraman en el alma el dulce bálsamo que entonces nos ofrecen, y nosotros rechazábamos sin saberlo.

Así Rebeca y el hermoso caballero disfrutaban del encanto de esas horas sentados á la margen del arroyo, unidos fuertemente los corazones y los labios, fijos los ojos en el recortado disco de la lámpara nocturna.

Un bulto negro, escondido detrás de un árbol, los espiaba.

Era el hebreo, el mendigo, el miserable que amaba á la doncella, y al verla enamorada de otro, se moria de rabia.

Los celos le mordian el corazon.

Isaac estaba pálido como un muerto. En sus ojos brillaban de cuando en cuando relámpagos sombríos, y sus puños se crispaban.

El caballero apuró de un sorbo el cortadillo que aun quedaba en la botella, y continuó:

—Al fin partió el jóven á la ciudad, pues desempeñaba en ella un destino de consideracion.

El día de su partida fué muy triste para los dos amantes y para el padre de Rebeca, que habia cobrado aficion al caballero; pero muy alegre para el miserable mendigo que iba á quedar sin rival á su lado.

Pasó algun tiempo sin que supiesen de él.

Y la doncella se desesperaba, y empezaban á brotar de sus ojos las primeras lágrimas de dolor.

¡Pobre jóven!

Para colmo de desventuras, Benjamin enfermó repentinamente.

Sufria dolores crueles hijos de un mal desconocido.

El otro hebreo le cuidaba con un esmero superior á todo encomio.

Velaba día y noche á la cabecera del enfermo, y rezaba y lloraba porque la enfermedad iba agravándose.

Hubo momentos en que se mesaba los cabellos con la mayor desesperacion.

Todo esto le conquistó un sitio de preferencia en el corazon de Benjamin que se moria.

Una tarde le llamó cerca de sí, y entre protestas de eterno agradecimiento, le declaró el sitio donde ocultaba sus tesoros.

—Cuida á Rebeca, le dijo ya moribundo, porque va á ser madre y necesita de ti. Recoge toda mi fortuna, que ella dividirá contigo, y ve á la corte por si el caballero quiere hacerla su legítima esposa y reconocer el fruto de sus amores.

Y adios, que ya pocos momentos me quedan de vida.

Luego llamó á su hija, la besó en la frente y espiró bendiciéndola.

Su cuerpo yace á pocos pasos de la casa. Si pasamos juntos por aquel sitio, te le enseñaré algun día.

Despues que espiró el anciano y se hubo calmado algun tanto el dolor de la jóven, trató el miserable judío de hacerla sabedora de su infame pasion.

Infame, sí, por su impureza desenfrenada.

Pero la jóven le rechazó con horror, y lloró, lloró con amargura viendo á lo que estaba espuesta, porque el judío se habia quitado la máscara que le hacia pasar como hombre honrado, y se presentó á sus ojos con toda la fealdad del crimen.

Aquel hombre era criminal en el grado mas terrible que serlo puede una criatura.

El la patentizó la verdad de su horrible conducta, un día que luchaba en vano porque Rebeca premiase sus deseos.

Era un día oscuro y lluvioso del mes de enero.

Sentados estaban ambos calentándose al hogar, mientras el huracan silbaba por fuera en furiosas ráfagas.

—Rebeca, la dijo aquel hombre con voz cavernosa, hace ya mucho tiempo..... mucho, que estoy sufriendo, porque te amo hasta la idolatria, y tú desdeñas tanto amor, y haces de mi corazón una miserable alfombra para tus piés. Es preciso que esto tenga un término, porque yo no puedo vivir así. He visto mas de una vez á ese mancebo siendo objeto de tus caricias, y él, sin saberlo, me las ha hecho desear.

Me ha hecho comprender que hay un mundo de goces y delicias desconocido aun para mi virgen alma. Yo no he amado hasta que te vi. Y despues que te he visto, no he conocido del amor mas que tus desdenes, que me matan, y los celos que me sofocan el corazón.

Sí, es preciso que esto concluya. Yo necesito tu amor como el campo la lluvia, y como la respiración el aire.

Necesito que me inicies en los secretos de esa segunda naturaleza, de ese mundo fantástico que no puedo ver por mas que lo procuro.

Quiero tu amor, tu amor con todos los hechizos que encierra.

Con esos instantes de locura, acres como una punzada de dolor.

Con esos suspiros abrasadores que acarician el alma suavemente, como acaricia la luna el cáliz de la azucena.

Con esos ósculos de fuego que suben á los labios desde el fondo del corazón, como lava encendida del volcan que le consume.

Con esa comunidad de ideas y sentimientos, hija del amor mismo.

Todo eso quiero de ti, Rebeca, y todo eso me vas á dar.

—¡Nunca! dijo la niña mirándole con desprecio.

—¡Nunca! murmuró él sin comprender del todo aquella palabra, ¡nunca!.....

¡Oh! no es posible, Rebeca; tú no sabes que esa palabra es el infierno, la desesperacion para mí, y acaso para ti la muerte. ¡Nunca!..... repito que es imposible.

Y el judío, medio loco, trató de asirla una mano que ella retiró prontamente.

—Pues bien, siguió poniéndose en pié; he dicho que esto ha de concluir, y concluirá. Vas á ser mía, sí; pero antes quiero que sepas lo que nunca debieras saber.

Tu padre ha muerto envenenado: ¡yo he sido su asesino!

Rebeca dió un grito espantoso.

Sí, yo le he dado muerte porque así convenia á mis planes. Al morir..... el imbécil me ha confiado su tesoro, inmenso tesoro que obra ya en mi poder. Tú estás sola, abandonada de todos, nada posees, la miseria y el deshonor te aguardan..... ¡y me desprecias aun!..... Pero es en vano..... ahora verás.....

Y con los ojos encendidos de lujuria horrible y asquerosa, lanzóse sobre la infeliz judia, que

empezaba ya á sentir los dolores de la maternidad; pero el insensato nada oía mas que la voz de su pasión que le gritaba.....

Era un hecho espantoso y terrible de mirar.

La jóven hacia vanos esfuerzos para rechazar al réprobo. En uno de ellos hubo de clavarle sus dientes de marfil en la mejilla.

El infame, al sentir el dolor, perdió del todo la razon, y sacando un puñal que oculto en el pecho llevaba, se le introdujo con fuerza en la garganta.

La jóven hizo un esfuerzo terrible y cayó inerte.

En aquel momento supremo ya era madre.

Aquí el narrador hizo una pausa.

Isaac estaba horriblemente pálido, con los ojos fuera de sus órbitas, y con mano trémula enjugó el copioso sudor que le corría por la frente.

—¡Acabad vuestro cuento por Satanás! y decidme.....

—Paciencia, querido Isaac; mi cuento, como tú dices, aunque pudiera pasar por historia, es muy largo, y tardaria mucho tiempo si hubiera de continuar hasta el fin. No haré mas que adelantar un poco los hechos: escucha, pues.

El asesino contempló su víctima, y vió que era preciso huir para no habérselas con la justicia. Envolvió al niño ó niña en un lienzo, y salió precipitadamente sin que pueda decirte á donde fué.

En este intervalo sucedió una circunstancia que fué por él completamente ignorada. La infortunada jóven no habia muerto. Volvió en sí por breves instantes, é incorporándose, tuvo el tiempo suficiente para abrir el secreto de un medallon que al cuello llevaba suspendido, sacar un papel azulado, muy semejante al que he sacado yo de ese otro medallon que pienso regalar al favorito, mi señor, y escribir con la punta de una aguja que llevaba prendida en el cabello, el nombre de su asesino y su alumbramiento, como así mismo el nombre del caballero por quien fué seducida. Volvió á colocar el papel dentro del medallon, y en seguida perdió el conocimiento.

Llegó á poco el judío, recogió las joyas que pudo haber á las manos, porque el tesoro ya le tenia á buen recaudo, y aun tuvo la sangre fria suficiente para desprender del cuello de Rebeca aquella alhaja, que diz era de muy alto precio, y salió de la casa; pero en el camino hubo de arrepentirse, sin duda, de no haber dado tierra al cadáver, y guiado por tan devoto impulso, entró en la habitacion, teatro de su crimen..... y quedó aterrado.

El cadáver habia desaparecido.

En este momento se oyeron las ocho en un reloj cercano.

El caballero se levantó, pasóse la capa y caló el sombrero.

—Ya es tarde, dijo, y tengo que hacer. Buenas noches, Isaac.

—¿Con que es decir, exclamó el judío, que esa mujer vivió el tiempo suficiente para perder á su asesino?

—Creo que sí, amigo Isaac. Ese papel puesto en buenas manos, puede hacer un aire terrible á alguno que tenga mucho calor.

—¿Cuanto queréis por ese escrito? dijo despues de un momento de reflexion.

—Buenas noches, Isaac. Llama á la bruja que te sirve de criada, y que alumbre hasta el za-

guan, y el caballero se dirigió hácia la puerta.

—¿Quereis toda mi fortuna por ese papel? insistió Isaac asiendo de la capa á su interlocutor.

—¡Berta alumbra! dijo este llamando á la criada.

—¡Oh! deseais mi perdicion!..... ¡Dios os maldiga!

Berta apareció con una luz. El caballero volvió á dar las buenas noches al judío y echó á andar por el corredor. Llegó al zaguan, precedido de la vieja que le franqueó el porton, y salió á la calle.

—¡Berta! dijo el hebreo con desmayado acento luego que subió esta; dí á Lia que necesito hablarla.

—Señor, la niña duerme hace una hora lo menos.

—No importa, que se levante y venga, y tu cuida de que esté lista la litera.

—¿Vais á salir?

—No lo sé, pero pudiera suceder.

—Pero, señor.....

—¡Vieja de los infierros! no me repliques y ve á buscar á Lia.

Berta salió de la habitacion mas que de prisa, y cuando Isaac quedó solo, cayó desplomado sobre su sillón, mesándose el cabello y murmurando entre dientes palabras ininteligibles.

No sabemos si serian oraciones ó blasfemias.

III.

LA NIÑA DE LOS CABELLOS DE ORO.

Trascurrieron algunos minutos. La puerta del aposento se abrió y apareció Lia en su dintel.

Era una hermosa niña de diez y seis años escasos, flor cándida y purísima en la primavera de la vida.

Nada mas encantador que aquella celestial aparicion lleva de vida y frescura como las alboradas de junio.

Rafael soñó con aquella cabeza al pintar las *madonas* que tanto le inmortalizaron.

Sobre una frente despejada y tersa, como la superficie de un lago, trás la que se adivinaba la pureza de sus pensamientos de virgen, caía en rizados bucles una hermosa cabellera rubia como el oro, que contrastaba agradablemente con dos ojos negros y rasgados, de húmeda pupila y melancólica mirada, que, lanzada por entre las sedosas pestañas que los guarnecían, parecia un rayo de sol de invierno filtrándose por el ramaje de unas zarzas. La nariz afilada en la estremidad y de una belleza admirable, daba ligera sombra á una boca pequeña y graciosa, de líneas puras pronunciadas, en donde se retrataba la fuerza de voluntad que constituía el fondo de su carácter. Un ligero chal de Cachemira encerraba su esbelto talle en un círculo tan pequeño que hubiera causado la desesperacion de una coqueta de nuestros dias, mientras que el naciente pecho, oculto tras de una chaquetilla de seda azul, se levantaba pausadamente y á compás por la respiracion, y unas babuchas encarnadas sujetas al tobillo por dos hilos de perlas, calzaban el diminuto pié que tan rico tesoro sostenia.

Tal estaba la niña delante del judío sin atreverse á llamar su atencion ni distraerle de los pensamientos que al parecer le ocupaban.

Isaac no había reparado en ella: tan profundo era su estupor desde la salida del caballero.

Levantó la cabeza pasando la mano por su enardecida frente: entonces vió á Lia.

Hizola seña para que ocupase uno de los sillones: la jóven obedeció; apoyó la rosada mejilla en la palma de la mano, el codo sobre la mesa y preparóse á escuchar.

—Perdóname si te he obligado á dejar el lecho, dijo Isaac con voz entrecortada y mal seguro acento, como quien lucha con una violenta emoción, acaso por esta noche no volverás á él.

—¿Tan largo es lo que me teneis que decir? preguntó la niña.

Y era su voz mas armoniosa que el susurro del viento y el canto del ruiseñor.

—No, hija mia, prosiguió Isaac; otra es la causa que te impedirá dormir.

—Mandad, ya sabéis que estoy dispuesta á obedeceros y que lo haré con gusto. ¿Cómo puedo yo oponerme á vuestra voluntad sin olvidar lo mucho que os debo?

Isaac la miró de una manera estraña. Habia en sus ojos una espresion indefinible de ternura y dureza, de ruego y de amenaza. Volvió á enjugarse la frente con un lienzo blanco, y continuó:

—Es preciso que te dispongas á partir.

—¿Qué decís? exclamó Lia sorprendida.

—Ahora mismo, no debemos perder un solo instante.

—Sea si lo queréis.

Y la jóven inclinó la cabeza con desaliento, y una lágrima enturbió sus bellos ojos.

—Ya no la veré mas, murmuró en voz baja.

—Tu felicidad lo exige así, continuó Isaac tomándola una mano y besándola con respeto.

—Mi felicidad está á vuestro lado y vos me abandonáis.

—Nuestra separacion será muy corta. Luego que yo arregle un negoció de interés, dijo acentuando esta palabra, te seguiré y viviremos juntos. Aquí te amenaza un gran peligro.

—¿Un peligro! ¿y cuál? ¿Tan inmenso es que vos no podeis librarme de él?

—Silencio, hija mia, no hablemos de eso. Dispon lo necesario para el viaje, y con la luz del día partirás. Te dejo, aunque pronto vuelvo. Berta irá contigo en la litera, y hasta no dejarte en Valdemoro no se apartará de tu lado, yo la daré instrucciones; adios.

Isaac, mientras decía estas palabras, colocó sobre sus hombros una capa morada, calóse un gorro de terciopelo negro y besando en la frente á la doncella, salió de la habitacion.

Lia continuaba sentada, inmóvil, como quien reflexiona antes de adoptar una resolucion.

No advirtió que la puerta secreta del aposento se abrió sin hacer el menor ruido como anteriormente, dando paso á un mancebo de diez y seis años que representaba treinta; pálido, enjuto, casi diáfano, en cuyo semblante nada hermoso habia un tinte de profunda tristeza que interesaba en su favor.

Era un infeliz á quien el vulgo suponía loco y que acaso lo estaba realmente.

Habitaba un oscuro rincon en casa del judío, donde no desempeñaba ningun cargo ni ocupacion, merced á su locura.

Únicamente obedecía á la doncella en quien

idolatraba; verdad es que solo esta utilizaba sus servicios, sin que pudiera quejarse nunca de su torpeza.

Nadie sabia la procedencia de aquel desgraciado sér, ni se ocupaba nadie de esclarecer los hechos relativos á su nacimiento.

El tampoco hacia aprecio de semejante cosa.

Martin, que así le llamaba todo el mundo sin que sepamos por qué, se arrodilló á los piés de la jóven, clavó en ella sus ojos estraviados, llorosos en aquel instante, y con voz triste y dulce á la par, empezó á hablar de un modo vago é incoherente, como quien recita la cancion de un loco.

—La gacela abandona su nido, dijo; ¿por qué huye la gacela?

Esta tarde, cuando el sol iba á acostarse, he visto á un cuervo, negro como la noche, que graznaba horriblemente.

Yo sé por qué graznaba el cuervo.

La niña de los cabellos de oro huye como la gacela.

(Se continuará.)

LA CUESTION DE MARRUECOS.

Después de los sucesos que llevamos referidos, los ingleses continuaron trabajando para fortificar á Gibraltar, obra que habian empezado algun tiempo antes. La batería existente en el muelle y conocida por el nombre de *Lengua del Diablo*, recibió un refuerzo considerable; además de esto, no teniendo gran confianza en que la muralla antigua resistiese á las balas de la nueva artillería, construyeron otra casi del mismo espesor y de igual longitud, perfectamente unida á ella. La escuadra anclada delante de Gibraltar se componia del navio *Marlborough*, de 131 cañones; del *Edgard*, de 91; del *Conqueror*, de 101; del *Victor Emmanuel*, de 91; del *Princess Royal*, de 91; del *Orion*, de 91; del *Neptuno*, de 91; del *Centurion*, de 80, y de la cañonera *Lapirig*. Sin embargo de todos estos preparativos, la escuadra inglesa venia únicamente á observar los acontecimientos que pudiera producir la lucha, y al parecer próxima entre España y Marruecos; á proteger las personas y los intereses de los súbditos de la Gran Bretaña, pero sin tomar parte en la guerra; tal era por lo menos la opinion de algunos periódicos españoles, en general bien informados. Los diarios de Londres al tratar de esta cuestion, se espresaban en general en términos poco decorosos para España, habiendo llegado á decir el *Morning Chronicle*, que los españoles de hoy no eran ya los de nuestra historia.

La noticia de la proyectada espedicion de España á Marruecos produjo en Italia un vivo entusiasmo, pues además del deseo de ver civilizada y cristiana aquella parte del Africa, los italianos esperan que ocupada la España en una empresa de tanta importancia, no podrá tomar parte en la cuestion de las Legaciones, ni en la de Parma.

La tribu de Sheck-Dau, que habia atacado á Mazagan, deseosa de hacer la paz con los habitantes de esta ciudad, hizo llamar al empleado de aduana Shofani, al escritor público Ayashi,

y á Ulad Farsh, Sheik de la tribu de Ducala, para tener una conferencia con ellos: los individuos mencionados pasaron á verse con el jefe de la tribu, y á su regreso manifestaron que se habia hecho la paz, pero que confiaban poco en su duracion. El ataque que habia habido la víspera, habia sido favorable á los habitantes de la poblacion; los de la tribu de Sheck-Dau tuvieron treinta hombres fuera de combate entre muertos y heridos; en la ciudad solo hubo nueve heridos, si bien dos de ellos de gravedad, uno de los cuales murió poco después del combate y el otro ofrecia pocas esperanzas de vida. Al día siguiente del ataque, se hizo la paz entre la poblacion de Mazagan y Ben-Tajer, gobernador de Azimor, el cual iba á enviar su kalifa con algunas tropas al día siguiente para proteger á Mazagan.

Los habitantes de Tánger continuando en sus fortificaciones, habian formado algunas baterias con cañones de grueso calibre, algunos de los cuales eran de ochenta, con cureñaje de hierro y arreglados al último modelo; se decía que eran proporcionados por los ingleses. Los habitantes de dicha ciudad estaban alarmados, porque habia corrido la voz de que los europeos iban á bombardear la plaza; los cónsules de las diferentes potencias de Europa, en vista de esto, se pusieron de acuerdo para dirigir á la poblacion indígena un manifiesto negando semejantes rumores.

Segun una carta escrita á la *Gaceta Militar* en la noche del 20 de setiembre, el guarda-costas *Catalan*, mandado por D. Vicente Marsili, primer patron de la plaza de Alhucemas, se vió atacado súbitamente por cuatro cárabos al aproximarse á la plaza á fuerza de remos, trayendo su lancha por la proa para darle remolque. Seria difícil describir la escena que produjo en la plaza este impensado tiroteo: el auxilio que desde ella podia darse en aquellos momentos á la combatida nave, en mérito de la incertidumbre y de las tinieblas de la noche, era muy escaso; el cañon de nuestra artillería retumbó hasta los últimos confines del campo enemigo; pero esto no era socorrer eficazmente á la nave rodeada de los cuatro cárabos, y cuya posicion era imposible conocer aun á la vista mas perspicaz. Solo el valor y acertadas disposiciones de su jóven capitán podia salvarla; como en efecto tuvo la dicha de conseguirlo.

Al vivo fuego de los cárabos enemigos, contestaba el Sr. Marsili con alguno que otro disparo de fusil; no se contentaba con librarse de sus traidores enemigos; queria no gastar su pólvora en salvas y alentarlos atrayéndolos á la boca de su cañon; para darles á conocer lo que vale el pabellon que flotaba en el guarda-costas. Al entrar en la boca del puerto, á beneficio de maniobras que honraban al mas acreditado marino, descargó sobre uno de los cárabos rezagados un disparo de metralla, al cual no contestaron mas que los feroces alaridos de los piratas que acababan de recibir su merecido castigo. El día 23 ancló dicho guarda-costas en el Peñon de la Gomera, procedente de Alhucemas, conduciendo la correspondencia de que se carecia desde hacia un mes próximamente. Seis noches antes, dos barcos moriscos habian pasado tan próximos á la costa del Peñon, que se les pudo hacer fuego con

los cañones y carabinas, siendo muy pocas las noches en que no se vieses pasar á tiro tres, cuatro y aun cinco de estas embarcaciones, que por ir cargadas de armas y otros pertrechos de guerra (tráfico que les está prohibido por nuestro gobierno) no quieren tocar en aquel punto; y haciendo alarde de valor, tienen el atrevimiento de olvidar que en las aguas por donde navegan hay una fortaleza española.

El periódico el *Día* decía refiriéndose á un corresponsal de su confianza residente en el cuerpo expedicionario de Africa, que los ingleses hacían mayores gestiones cada día en Marruecos, para lograr que el emperador dé á España las satisfacciones mas reparadoras y completas, evitando así, que España se administre justicia por su propia mano; que los representantes ingleses en Marruecos, lejos de pensar de la España lo que decía últimamente el *Morning Chronicle*, juzgan muy posible y sencillo un desagratio como el proyectado; que en Tánger empezaban los moros á respetar nuestro pabellon, y que en Ceuta no disparaban hacia algunos dias ni un solo tiro, sin embargo de haberse terminado la fortificación exterior que tan tenazmente combatieron al principio, y á la que tantas victimas tuvieron que sacrificar despues.

Otro periódico de la capital daba tambien la noticia de que el nuevo sultan de Marruecos habia enviado quince moros de rey á la kabila que hostilizó á Ceuta, ordenándola, bajo las penas mas severas, á que cesara en sus hostilidades y entregase los culpables de las acometidas á nuestra plaza.

Durante muchos dias no ocurrió novedad alguna en los alrededores de nuestras plazas, aun cuando se sabia que en el interior del país habia disturbios y que el emperador tenia enemigos y competidores.

La plaza de Tarifa continuaba fortificándose, en cuyas obras se empleaba una compañía de ingenieros y todos los trabajadores que se habian podido encontrar.

El día 28 de setiembre se presentaron varios casos de cólera, aunque benignos, en el ejército de observacion que hay en Algeciras; en los dias siguientes hubo tambien algunos, pero afortunadamente no llegó á tomar mayores proporciones, degenerando mas bien en cólicos estacionales. A pesar de que no se creia que hubiese peligro, el gobierno dispuso que saliese alguna tropa para Alcalá de los Gazules, evitando así los males que pudiera ocasionar la aglomeracion de tropas en Algeciras.

A principios del corriente se dijo que en caso de que la guerra se llevara á cabo y fuera necesario ó conveniente, el señor presidente del Consejo de Ministros iria á ponerse al frente del ejército expedicionario, mandando en persona las operaciones, en cuyo caso seria nombrado jefe de Estado mayor el general D. Luis Garcia, actualmente capitán general de Aragon, y el general Zabala mandaria la caballería al empezar las operaciones, poniéndose hasta que llegara ese caso al frente de la division reunida en Cádiz; el general Echagüe mandaria la vanguardia, otra de las divisiones seria dirigida por el general don Enrique O'Donnell, y una brigada por el brigadier Milans del Bosch. El general Ros de Olano iria de segundo jefe del ejército.

Segun una carta de Tánger, el emperador de Marruecos, contestando á la diputacion de los judios de Rabat, habia dicho que su advenimiento al trono no debia causar la mas pequeña alarma; que lejos de eso, y como prueba de sus buenas disposiciones en favor de los hebreos, estaba dispuesto á pagarles todos los gastos que hubiesen hecho para asegurar sus casas y propiedades desde la muerte del último emperador. A pesar de estas seguridades, una carta de Algeciras decía que los habitantes de Tánger habian tratado de poner en salvo sus respectivas familias, por temor de los beduinos que estaban en acecho; que los caminos no ofrecian seguridad alguna, y que el comercio estaba completamente paralizado.

A un periódico de la capital le escribian tambien de Algeciras, diciéndole que no se debia dar crédito á lo que contaba el periódico inglés de Gibraltar, respecto á la tranquilidad en Marruecos; que los ingleses manifestaban mucho interés en que se creyese así, porque sentirian que se rompiesen las hostilidades; pero que la verdad era que el emperador no estaba reconocido en todo el imperio; que iba recorriéndole al frente de 4,000 caballos, causando muchas molestias á las poblaciones, lo cual aumentaba el disgusto general, porque cada vecino tiene obligacion de dar al soldado comida y cama, y pienso para el caballo, sin que nadie pueda eximirse. El difunto emperador daba una asignacion á los soldados, y hace poco tiempo les debia cuatro años, que los pagó despues á razon de 20 reales por año á cada uno.

Otra carta del mismo punto decía que el ministro actual del emperador habia estado muchos años en Gibraltar dedicado al comercio, donde aprendió el español, que habla bastante bien: hace unos quince años se estableció en Tánger y Tetuan. El gobernador de este último punto habia sido encuadrador y maestro de escuela. El administrador de la aduana de Tánger habia sido vendedor de gallinas en Gibraltar; el sueldo que tiene como administrador de la aduana, es de cincuenta reales al mes. A estos empleados se les deja hacer dinero, sea cualquiera el medio que empleen, y cuando se los considera ya ricos, son llamados por el emperador, quien les pide una suma considerable, que dan al momento, si la tienen; pero si no lo hacen así, son conducidos á la cárcel y apaleados hasta que entregan el dinero.

Segun una carta de Oran, los franceses se disponian á atacar á los moros; pero no empezarán sus operaciones hasta fines de octubre para poderlo hacer con buen éxito, con cuyo objeto estaban reuniendo en los almacenes de Tremecen y Nemours grandes provisiones de boca y de guerra para el ejército. A la fecha en que escribian la carta, habia reunidos unos 16,000 hombres entre ambos puntos, y segun decian de Argel se esperaban muchos mas; de modo que al romper las hostilidades, tendrán mas de 30,000 hombres con la artillería y caballería correspondiente. Hasta la fecha de la carta no hacian mas que entretenerlos con escaramuzas, haciéndoles huir algunas leguas y cogiéndoles bastantes ganados. Una escuadra francesa habia cruzado por delante de Oran, debiéndose hallar ya en las aguas de Tánger y demás costas de Marruecos.

El periódico las *Novedades* publicaba un artí-

culo del Sr. Ramirez Arcas sobre la cuestion de Marruecos, en el que, despues de ocuparse de la necesidad que tiene España de apoderarse de las plazas de Tánger y Tetuan, concluia manifestando que, en la costa septentrional de Africa, está la riqueza y la existencia material para el porvenir de la nacion española. El *Diario Español*, ocupándose de la misma cuestion, decía que la marcha de los sucesos y la prevision y el celo del gobierno, eran ya suficientes para que los sacrificios del país no fuesen estériles, y para que al mismo tiempo que la nacion logre el desagratio de su honor, eche los fundamentos de su prosperidad, dando impulso á los gérmenes de gloria y grandeza con que, llegado el caso de la guerra, nos brinda el territorio africano. El *Estado*, examinando la misma cuestion, decía que tratándose de diferencias con pueblos bárbaros, ninguna nacion civilizada debe someterlas á mediacion ó arbitraje de otra nacion civilizada, y que España está en el caso de llevar á Marruecos sus armas para castigar ejemplarmente la osadia vandálica de las tribus rifeñas, y la debilidad de un poder que no alcanza á reprimirlas. El *Clamor Público* decía, que si la España consigue de un modo pacífico las satisfacciones que tan justamente desea de los marroquies, el gobierno tiene un deber sagrado en no proceder de ligero y ahorrar á la nacion los sacrificios que tan generosamente se presta á hacer, y que podrian ser necesarios para otros casos. El *Occidente* decía que la Inglaterra puede defender sin notorio escándalo la integridad del territorio marroquí, mientras su bandera flote sobre el Peñon de Gibraltar.

El periódico inglés el *Times* opinaba que la expedicion española á Marruecos podria llegar á ser peligrosa para los intereses de la Gran Bretaña. Decía además que al gobierno inglés le preocupaba mucho la idea de que el castigo de los marroquies pudiera servir de pretexto para el engrandecimiento del territorio español, y que en los círculos políticos mas autorizados se decía, que para autorizar las represalias del gobierno español, se le pedirian garantías de que no le llevaba al Africa ninguna mira de conquista. La *Correspondencia de España* que daba esta noticia, decía que dicha garantía era completamente inútil, porque los gobiernos europeos sabian ya que lo que lleva nuestras armas á Marruecos, es la dignidad nacional y la necesidad de una justa reparacion.

A fines de setiembre se decía en Tánger que los moros de la kabila de Beniharross se acercaban á aquella plaza con el fin de obligar al gobernador á que les proporcionase pólvora para llevar adelante la guerra santa, ó que de no hacerlo así, autorizase su venta, que está prohibida desde que rompieron las hostilidades contra la plaza de Ceuta. Otra carta del mismo punto, que publicaba la *Crónica de Gibraltar*, decía que la fragata de hélice *Doris*, de la marina real inglesa, se habia dirigido á Rabat, con la mision de felicitar al Sultan en nombre del gobierno inglés, por su advenimiento al trono, saludándole con 101 cañonazos. El día anterior se habia recibido en Gibraltar la noticia oficial de la llegada del Sultan á Rabat.

La *Correspondencia de España* del 6 de setiembre daba la noticia de haber ratificado el emperador de Marruecos el tratado sobre el señala-

El día de los recuerdos.



Los cementeros son el día de Difuntos teatro de tiernísimas escenas. Esos campos santos, en todo el año tan solitarios, tan tristes, tan silenciosos, rebosan ese día de deudos enlutados que van á colgar flores de las tumbas, á improvisar altares fúnebres y á derramar lágrimas de ternura por aquellos que ya no duermen en su hogar. Los padres atraen á sus hijos; los hijos mas á sus padres; los esposos á sus esposas; los ami-

gos, los hermanos, los amantes... ¡Ay! Si los difuntos sintieran, ¡cuánto no tendrían algunos que llorar todo el año! cuánto mas el día de Difuntos!

Entre los espectáculos mas tiernos, ¿hay alguno que lo sea mas que el de dos hermanos de ambos sexos, huérfanos, arrodillados, orando junto á la tumba de sus padres?

miento de límites á Melilla, y otros puntos interesantes para la seguridad de esta plaza. El periódico mencionado decia que desde la cautividad de ayudante Alvarez, cuya libertad se habia obtenido del modo mas satisfactorio, el ministro de Estado habia dictado instrucciones á nuestro ónsul, con objeto de conseguir un arreglo definitivo, y que el tratado que á la muerte del Sultan estaba á punto de firmarse, habia venido á ser ratificado por su sucesor, sin duda como prueba de sus disposiciones pacíficas.

La *Presse* de Paris anunciaba que el gobierno francés está dispuesto á castigar á los marroquies y á apoderarse de la ciudad de Ouchda, y que concluyendo el día 15 de octubre el ultimatum concedido por el gobierno español, todo hacia suponer que ambos gabinetes obrarán de comun acuerdo, y que la acción de los dos ejércitos será simultánea. Las correspondencias de Gibraltar estaban conformes en decir que Inglaterra no desea la guerra, y que hará los mayores esfuerzos para evitarla. Esto es el origen de que contaran mil fabulas, tales como la llegada de un personaje moro cargado de riqueza, para hacer la paz, etc. Despues se dió la noticia de que la Inglaterra hacia ofrecido al emperador de Marruecos un empréstito de suma importante, sin mas garantía que la ocupacion de Tánger por doce años; pero este rumor no tuvo confirmación.

La *Correspondencia de España* del 9 de octubre publicaba un parte telegráfico de Algeciras, fecha del 8, en el que decia, que aquel mismo día habian fondeado en aquella bahía cinco navios y

dos fragatas francesas al mando de un vice-almirante.

El mismo periódico publicaba otro parte fechado en Londres el día 8, diciendo que una escuadra francesa y otra rusa se habian dirigido á las aguas de Tánger.

En aquellos dias habian circulado voces en la capital de haber llegado comunicaciones que confirmaban los vivos deseos del gobierno marroquí de venir á un acomodamiento pacífico, para lo cual se hacian proposiciones y ofrecimientos, tanto de ensanche de territorio, como de indemnizacion y castigo de los moros que insultaron nuestro pabellon en Ceuta; pero se añadia que el gobierno español se habia negado á admitir las satisfacciones que no lleguen al límite que se ha propuesto para dejar á salvo la dignidad nacional.

Los rifeños, que habian llegado á saber que no hay noticias geográficas exactas respecto á su país, miraban como enemigo á todo europeo que penetraba en su territorio; se habian propuesto que nadie conociese á su país por temor de que pudiera ser en perjuicio suyo; y segun una carta de Gibraltar, no se lo permitian ni aun á los mismos ingleses, por mas que estos pretendiesen que los moros los miraban de un modo distinto que á los demás europeos, y en prueba de que no es asi, basta referir lo que la *Correspondencia de España* contaba de que Mr. Drumond, cónsul inglés en Tánger, habiendo salido á dar un paseo por las afueras de la ciudad, fué acometido por un hombre del campo que le apuntó con su esco-

peta. El cónsul inglés, con una serenidad imperturbable, lanzó su caballo contra el agresor y se apoderó de él atándole de piés y manos y llevándole preso á la ciudad. Dos dias antes habian disparado un tiro en una de las calles de Tánger contra el secretario del consulado; pero afortunadamente no le habia alcanzado.

El vapor francés *Egyptien*, al tocar en Alicante, procedente de la costa de Marruecos, encontró en la noche del 3 de octubre, á la altura de Marbella, á toda la escuadra inglesa del Mediterráneo, compuesta de veinticuatro buques de alto bordo, navegando desde Malta en dos columnas con rumbo á Gibraltar. En esta bahía se encontraban además los seis navios y dos fragatas que componian la division del vice-almirante Teneshaw.

A medida que iba pasando el plazo concedido por el gobierno español sin que el emperador de Marruecos diera las satisfacciones exigidas, la opinion pública se pronunciaba cada vez mas por la guerra; las tropas estaban llenas de un entusiasmo indecible, y hasta los periódicos de tendencias mas opuestas al gobierno elogiaban la conducta que seguia al disponerse para una guerra tan ardentemente deseada por todo el país, y tan justamente reclamada por el honor nacional.

Entre tanto, las noticias que llegaban acerca del estado sanitario de Algeciras y de Ceuta eran satisfactorias; los temores respecto al cólera se iban desvaneciendo al ver que los cólicos de carácter colérico que se habian presentado, tenian por origen, segun un periódico, los alimentos que

los soldados habian tomado por espacio de algunos dias; de todos modos, ya fuese por la influencia de la temperatura, ó por cualquiera otra causa, el mal no tomó mayores proporciones, caminando poco á poco á su desaparicion.

La plaza de Ceuta no habia vuelto á ser molestada por los moros hacia muchos dias; la afluencia de tropas y los preparativos de guerra para la campaña que esperaban que empezara muy pronto, la daban una animacion mucho mayor que la que habia tenido hasta aquella fecha.

M. A. DE ERRO.

SECCION RELIGIOSA.

LA CONQUISTA DE ORAN.

En estos momentos en que la atencion pública se halla poderosamente escitada, y todos los ojos se fijan en el Africa, deseosos de ir allá á vengar las antiguas injurias inferidas por aquella raza siempre enemiga de los cristianos, y los modernos agravios hechos por los moros del Riff á nuestra plaza de Ceuta, no será fuera de propósito el dar una rápida ojeada á la conquista que hicimos en aquel litoral los españoles, cuando en 1509, un hombre eminente, un fraile, un arzobispo, un cardenal, con sus propios recursos, con las rentas de su dignidad eclesiástica, lanzó allí un ejército, y plantó de nuevo la cruz en unas comarcas donde la Iglesia cristiana habia sido en otros tiempos tan floreciente, y donde habia producido hombres un san Cipriano y un san Agustin.

El cardenal Jimenez de Cisneros habia seguido las observaciones de un sábio viajero, Gerónimo Vianelli, de Venecia, que reconocia toda la importancia estratégica y comercial de que la España tuviese establecimientos al otro lado de las costas del Mediterráneo. Así es, que en 1501, los portugueses habian tratado ya, aunque en vano, de conquistar la plaza de Mazarquibir, que se halla en frente del puerto de Cartagena. Sobre esta plaza dirigió el cardenal Jimenez de Cisneros, en setiembre de 1505, una escuadra de invasion al mando de Diego de Córdoba y de Raimundo de Cardona. El éxito mas brillante coronó la empresa, y Córdoba con una guarnicion considerable permaneció como gobernador de la plaza conquistada, mientras el resto de sus compatriotas se tornó á España. Entonces concibió Cisneros un gran proyecto, una empresa gigantesca, la de una vasta y nueva cruzada, destinada á reconquistar el santo sepulcro de Jerusalem, reuniendo y combinando los esfuerzos de los reyes de España, de Portugal y de Inglaterra. Su ardor y su entusiasmo tuvieron que estrellarse en los sucesos políticos que sobrevinieron á la España, cuyo gobierno, despues de la muerte de Isabel la Católica, pasó á manos de Felipe el Hermoso, en cuyo breve reinado fueron tan violentas las discusiones que tuvo con Fernando el Católico, su suegro, que no solo hubo que abandonar este proyecto, sino que la pequeña colonia cristiana de Mazarquibir se vió espuesta á grandes peligros.

A la muerte de Felipe ocupa la regencia, en nombre de su hija doña Juana la Loca, el Rey Católico, en 1507; emperó la posesion de Mazar-

quibir cae nuevamente en poder de los moros. Grande fué el dolor que ocasionó su pérdida al cardenal Jimenez de Cisneros, aquel grande hombre que tenia el proyecto de estender todavia en Africa las conquistas de los españoles, y cuyo carácter, lejos de desmayar, se afirmaba por los mismos obstáculos en sus designios y resoluciones.

Insiste, apremia Jimenez para que el Rey Católico le permita á su costa equipar una considerable escuadra contra el Africa. Cerca de Mazarquibir se encuentra una de las plazas y ciudades mas importantes del Africa, la ciudad de Oran, especie de república bajo la proteccion del rey de Tremecen. Aquel punto era el mercado mas principal del comercio de Levante, ciudad rica, poderosa, poseedora de muchos navios de comercio y de guerra, que habian avasallado constantemente las regiones inmediatas al estrecho del Mediterráneo.

Cuando años antes se habia apoderado Jimenez de Cisneros de Mazarquibir, hubiera deseado llevar adelante sus conquistas ocupando á Oran, y Gerónimo Vianelli, de concierto con él, habia trazado el plan de la conquista; conquista que los sucesos políticos habian hecho imposible. Tenia el cardenal Jimenez de Cisneros setenta y dos años, y sin mirar á los achaques y peligros de su avanzada edad, quiso en persona hacer la conquista de aquella importante plaza, adelantando todos los gastos para tan alta empresa, con la condicion de que se le devolvieran de los productos de la misma, si se conquistaba la ciudad, y que no quedaria obligada la corona á su devolucion si no se vencia.

El patriotismo de aquel venerable anciano fué el objeto de la burla de la nobleza, que al ver la inaccion á que la envidia y el malquerer de Fernando el Católico tenia reducido á Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan, decian que el mundo marchaba al revés; que el Gran Capitan pasaba las cuentas del rosario, mientras el fraile Francisco se aprestaba al combate y al asalto de las ciudades.

Hubiera querido el cardenal Jimenez de Cisneros que al frente de la expedicion que meditaba, se hubiese puesto su antiguo amigo Gonzalo de Córdoba; empero veia el prudente prelado la ojeriza con que miraba á aquel ilustre general el Rey Católico; y demasiado hábil y político, aunque con sentimiento suyo, tuvo que buscar un hombre á quien confiar la direccion estratégica de la empresa. Nombró, pues, á un discípulo de Gonzalo de Córdoba, á un hábil y entendido general, que habia ya conseguido laureles en las llanuras del Africa; á Pedro Navarro, que en 1508, habia ayudado á los portugueses á apoderarse de la plaza de Arcila, cerca de Fez.

Organizó el cardenal Jimenez de Cisneros su ejército, haciendo alistamientos en todas las ciudades de Castilla y de Aragón, llegando á reunir cuatro mil caballos y diez mil infantes, á los que dió excelentes jefes, confiando la direccion de todos los negocios, y como si dijéramos, haciendo jefe del Estado mayor de su ejército, á Gerónimo Vianelli.

El Cardenal habia trabajado hacia años en reunir las sumas necesarias para tan grande empresa, y mas de una vez tuvo que soportar la nota de avaro cuando le veian algunos allegar

incansable grandes cantidades, y mirándole otros como superior en riquezas al romano Crespo.

Termináronse todos los preparativos para la guerra, y estuvo á punto esta de no verificarse, porque la calumnia que todo lo desfigura, supo abrirse paso en el ánimo del Rey Católico, de suyo tan suspicaz y desconfiado. Intrigaban sobre todo contra Jimenez, el consejero Vargas y su amigo Villalupo, encargado de las provisiones del ejército, y el mismo Pedro Navarro cooperaba presentando nuevos planes, á fin de obtener para él solo el mando supremo del ejército. El cardenal Jimenez logró triunfar de las vacilaciones del rey; le recordó la palabra que tenia con él empeñada, y se la hizo renovar solemnemente á fines de 1508.

El carácter enérgico de Jimenez tuvo que vencer nuevas dificultades. Con voca en la primavera de 1509 á Navarro y demás jefes de la expedicion para concertar con ellos todo el plan de campaña. Vuelve á Toledo, entrega el gobierno de la diócesis al obispo de Calahorra; reúne allí á los gobernadores de sus castillos, en número de veinticuatro, con las tropas que mandaban, y decreta que se hagan rogativas públicas por el feliz éxito de su empresa. Marcha el miércoles de ceniza del año de 1509, para reunir en Cartagena su ejército y su escuadra, y llega allí con toda felicidad el 6 de marzo, acompañado del maestro escuela de la catedral, D. Francisco Albar, y de D. Carlos Mendoza, abad de santa Leocadia, que le acompaña hasta aquel puerto, dejando organizados desde Cartagena á Madrid, puestos militares que corriesen inmediatamente los partes que él dirigiese al rey desde Africa.

Iba á embarcarse cuando una sublevacion de las tropas retardó su marcha. Exigieron ser pagadas anticipadamente por todo el tiempo de su servicio. Cisneros se habia opuesto á esto, para tenerlas siempre sujetas; pero las tropas empezaron á gritar que el fraile era rico y que debía pagar, llegando á tal punto la sublevacion, que Vianelli hizo castigar con la muerte á algunos de los sublevados. El cardenal Jimenez de Cisneros, á pesar de su carácter fuerte, duro y enérgico, creyó que era ocasion de contemporizar, y le mandó á Villarreal para que le recomedase proceder con mas suavidad, siendo tal el grado de exasperacion con que trataron el asunto ambos jefes militares, que Vianelli fué herido en la cabeza gravemente por Villarreal, el cual, temeroso del castigo que le impusiera Cisneros, huyó. Cisneros reconcilió á los dos jefes, cuyos servicios le eran tan necesarios para la empresa que meditaba; pero la marcha de la escuadra tuvo que diferirse hasta el total restablecimiento de la herida de Vianelli.

El cardenal Cisneros, que tantas pruebas de fortaleza y de firmeza de ánimo dió en su vida política, medio transigió en sus tropas, ofreciéndoles pagarlas cuando se allasasen dentro de los buques y hubiesen abandonado la tierra. Hizo llevar públicamente y gornados de guiraldas de flores y hojas verdes; sacos de dinero á los buques, y los soldados se apresuraron inmediatamente á entrar en las naves.

La sedicion de los soldados reconocia un origen mas alto: el mismo general Pedro Navarro la habia escitado para dilatar la empresa, ó para hacerla abortar. El cardenal Cisneros se quejó al

a conducta poco conforme del general en una carta confidencial á su antiguo amigo y compañero Fr. Juan Ruiz; mas, sin embargo, disimuló por evitar mayores contratiempos y desgracias.

Partió al fin la escuadra compuesta de diez grandes buques de guerra, y de ochenta de carga y trasporte. Tomaron tierra en las playas africanas á vista de los moros y entraron felizmente en el puerto de Mazarquibir. Allí pasó la noche el cardenal Cisneros sin dormir, dando instrucciones y ordenando la batalla para el día siguiente. Tuvo cuidado su sagaz política de declarar públicamente que todo el honor de las victorias que pudieran conseguirse se deberían al general Navarro, y ofreció recomendar al rey á los que se distinguiesen en la pelea.

Reunió su consejo y resolvió que muy de mañana al día siguiente se apoderaría de la colina situada entre Mazarquibir y Oran, antes que los moros, por medio de señales, pudiesen reclamar y recibir socorros del interior.

Necesitose tiempo para desembarcar y colocar en batalla el ejército, operacion difícil en aquella época, y el día comenzaba ya á amanecer. El Cardenal montado en una mula, salió vestido de arzobispo rodeado de eclesiásticos; delante de él, en una mula blanca, marchaba el fraile Francisco Fr. Fernando, llevando en lugar de estandarte la cruz arzobispal del primado de Toledo, ceñida su cintura con un sable.

Era un viernes, Jimenez de Cisneros hizo formar en masa sus tropas y las arengó enérgicamente escitándolas á la batalla y ofreciéndolas colocarse á la cabeza de su ejército para conducir las él mismo al asalto de la plaza. Los soldados entusiasmados con las palabras del anciano prelado, le rodearon y le rogaron no espusiese su persona á los peligros y azares de la guerra. Trabajo costó á aquellos entusiasmados soldados hacer ceder al prelado de Toledo; pero al fin se retiró á la ciudadela de Mazarquibir, y encerrado en la capilla de san Miguel, de rodillas y con las manos levantadas al cielo, cual otro Moisés, oraba por la victoria de los cristianos, como aquel antiguo caudillo había orado por la victoria de los Israelitas cuando combatía Josué á los enemigos del pueblo de Dios.

Orando estaba con el mayor fervor el cardenal Cisneros, cuando vinieron á darle parte de que el general Navarro no conducía al combate mas que á la infantería, habiendo dejado á la caballería, porque creía que era inútil en una comarca montañosa como la de Oran. Jimenez de Cisneros se indignó al saber estas noticias; se apresuró á dejar la ciudadela de Mazarquibir, y mandó inmediatamente á la caballería que con toda premura se reuniese al resto del ejército. Hizo tambien ocupar todos los desfiladeros de las montañas de Oran para poner á cubierto á sus tropas de cualquiera ataque imprevisto que pudiera venir de puntos distantes á auxiliar á los moros, medida estratégica que el tiempo acreditó ser de grande utilidad.

Al ver Navarro que las alturas que trataba de ocupar se hallaban guardadas por multitud de moros, al considerar el cansancio de sus tropas agobiadas con la marcha, y lo avanzado del día, trató de dejar para el día siguiente el ataque, valiéndose en aprovechar el ardor de sus tropas y arriesgar la batalla. Consulta á Jimenez de Cis-

neros, el cual, sin vacilar, le responde que el hijo de Dios y Mahoma iban á luchar el uno contra el otro, y que no debía diferirse un solo instante el combate, asegurándole que tenia esperanza de que conseguiria la victoria mas gloriosa. Gran prudencia encerraba este consejo: á la mañana siguiente Oran no hubiera podido tomarse: tres horas despues de ocupada la plaza por los españoles, el gran visir de Tremecen se presentaba á la vista de ella para libertarla con un numeroso ejército. Al verla en poder de los cristianos, tuvo que retirarse.

El general Pedro Navarro dividió su infantería en cuatro cuerpos, sostenidos por la artillería y la caballería. Dió la señal del ataque, y al grito nacional de ¡Santiago, y á ellos! condujo á los cristianos á las alturas, desde donde los moros les disparaban una lluvia de flechas y rodaban enormes masas de piedras. Los españoles arrollaron valerosamente cuanto se les oponia, distinguiéndose en el ataque el jefe de las tropas de Guadalajara, D. Luis de Contreras, que murió, y fué su cabeza llevada como trofeo á Oran, y allí arrastrada en las calles por los muchachos. Al ver las viejas y gente supersticiosa de Oran rodar aquella cabeza, concibieron un gran temor, porque el desgraciado Contreras era tuerto, y en esta circunstancia creian ver un pronóstico de la ruina de su patria.

Los cristianos se apoderaron de la base de la montaña y de un escelente manantial de agua. Allí se refrescaron, cobraron mas fuerzas, y comenzaron de nuevo el ataque, dirigiendo sus cañones y morteros contra las masas enemigas. Huyeron los moros y se refugiaron á Oran. A pesar de las órdenes terminantes, los oficiales no pudieron contener el ardor de las tropas que estuvo á punto de perjudicar al ejército cristiano, lanzándose muchos á perseguir á los moros hasta las mismas puertas de la ciudad.

Entre tanto, los cañones de la escuadra batian las murallas de Oran. En breve quedó su artillería fuera de servicio. Se escalaron las murallas de Oran y flotaron en ella los estandartes españoles. Fué tal la prontitud con que esto se hizo en el calor del combate, que apenas pudieron explicarse los cristianos cómo se había terminado tan en breve una empresa tan difícil y peligrosa. El capitán Sousa, de la guardia del Cardenal, fué el primero que al grito de ¡Santiago y Jimenez! plantó la bandera del cardenal Jimenez en el mas alto torreón de las murallas. Todavía resistieron algun tiempo los moros; pero viendo á los españoles penetrar en la ciudad, cuyas puertas les abrieron los que saltaron por las murallas, no se atrevieron ya á hacer resistencia. Huyeron hácia Tremecen en masas compactas, y cayeron casi todos en poder de la caballería española que con tanto acierto y prevision había hecho colocar, contra el parecer del mismo general, el Cardenal Cisneros.

Brillante y sangrienta fué la victoria. Los españoles degollaron cuanto encontraron, sin distincion ni misericordia. En vano Pedro Navarro trató de reprimirlos; era impotente su autoridad. Avidos de botin, se arrojaron de nuevo en la ciudad; la recorrieron saqueando y degollando hasta que, embriagados la mayor parte, cayeron sin sentido en las calles llenos de sueño y de cansancio al lado de los cadáveres de sus ene-

migos degollados. Noche de horror fué aquella para Oran!!

A la mañana siguiente, Pedro Navarro ofreció la vida á algunos moros que se habian refugiado en las mezquitas, á fin de que á la llegada del cardenal estuviese restablecido enteramente el orden y la paz. Los moros, sin embargo, no se rindieron; fué menester asaltar las mezquitas y hacerse dueños de ellas por la fuerza los cristianos. La ciudad quedó, al fin, enteramente conquistada: mas de cuatro mil moros perecieron en el campo y en las calles; ocho mil quedaron prisioneros. Parece increíble que conquista de tanta importancia solo hubiese costado á los españoles treinta hombres. ¡Grande fué el botin que se cogió! Cálculase en mas de quinientas mil onzas de oro, y soldado hubo que salió rico de esta expedicion y pudo tornar á su patria para vivir en la opulencia.

En aquella época en que todo se esplicaba por lo maravilloso, se atribuyó á milagro esta accion tan distinguida del ejército español. Autores de aquella época, queriendo renovar el milagro de Constantino cuando derrotó á Magencio, aseguran que se vió en el momento de embarcarse la expedicion en Cartagena una cruz luminosa que prometia á Cisneros la victoria. Otros cuentan que durante la batalla se apareció un arco iris encima de Oran; y otros que se prolongó aquel día cuatro horas mas la luz del sol, habiéndose parado al mandato de Cisneros como en otro tiempo cuenta la escritura santa que se detuvo al mandato de Josué, para darle tiempo de derrotar á los enemigos del pueblo de Dios.

Jimenez de Cisneros recibió en el mismo día de la batalla por la noche la noticia de la victoria, y dió fervorosamente gracias á Dios de aquel insigne favor. A la mañana siguiente hizo su entrada solemne en Oran, precedido de la santa cruz y rodeado de su ejército victorioso. Lleno de modestia cuando aclamaban su nombre las tropas, les decia que no á él, sino á Dios, era debida aquella victoria. Entró en el castillo de la Alcazaba; abrió por sus propias manos las mazmorras en que yacian, victimas de la barbarie de los moros, trescientos prisioneros esclavos. De todo el botin de objetos preciosos y de inmensas riquezas que allí se recogieron, no tomó para si nada de valor, determinando la parte que se debia al rey y la del ejército. Se hallaron en Oran tantas provisiones y piezas de artillería que acabaron de confirmar la idea en aquella época de que la toma de la ciudad había sido un milagro. Otros fueron de parecer que la ciudad había sido tomada por la traicion de sus propios habitantes, los que habian cerrado las puertas á los árabes que acudian á su socorro, y las habian abierto al ejército español. Algunos historiadores, entre ellos Gomez, dicen que antes de marchar á Africa el cardenal Cisneros, habia mantenido inteligencias en Oran por medio de dos oficiales de la guarnicion de Mazarquibir, llamados D. Alfonso Martos y D. Martín Argoto, hechos prisioneros por los moros, que se habian puesto de acuerdo con algunos habitantes considerables de Oran, que tenian motivos de queja con su sultan, y los habian ganado al partido español. Entre estos se cita á Acanix, al judío Catora y al conserje de la Alcazaba, Cedrino; siendo muy de notar, y confirma esta version, el que sus casas fueron esce-

tuadas del saqueo, que mas tarde se señaló á los dos primeros una pension sobre los fondos del tesoro español, y que el hijo de Acanix, convertido á la religion cristiana, se casó despues con la hija de Argoto. Por la mediacion de este Acanix recibió Jimenez de Cisneros la comunicacion de que un ejército poderoso venia desde Tremecen al socorro de Oran, y que era preciso apoderarse inmediatamente de la plaza por asalto. Este fué el motivo por qué el cardenal Cisneros respondió de una manera tan fuerte, determinada y decidida á las vacilaciones del general Navarro, que queria dejar para el dia siguiente el ataque de la plaza.

El cardenal Cisneros permaneció algunos dias en Oran despues de su brillante triunfo, revolviendo en su mente la idea de dilatar la religion cristiana por aquellas costas, y recorriendo á caballo la ciudad, dió sus disposiciones para restaurar las murallas de la plaza destruidas por el asalto. Purificó las mezquitas, y la mas grande de ellas la consagró al misterio sacrosanto de la Anunciacion de la Virgen, estableciendo una funcion anual en memoria de la conquista de aquella plaza; consagró otra mezquita en iglesia al apóstol Santiago; estableció un hospital para los enfermos, bajo la advocacion de san Bernardino de Sena. Fundó tambien dos conventos, uno de dominicos y otro de franciscanos, y preocupado siempre con la idea de que los judios españoles que, por temor habian recibido el bautismo, viniesen á fijarse en la ciudad y renunciar allí la fé cristiana, estableció tambien la inquisicion.

Jimenez de Cisneros mandó con la noticia de su triunfo, y para que enterase verbalmente al Rey Católico del hecho glorioso de sus armas, á D. Fernando de Vera, hijo del general de la artilleria, amigo del cardenal, con el designio de que recibiese las albricias de la fausta nueva que iba á llevar al monarca. Aquel jóven no se dió diligencia ninguna; desconoció la importancia de su mensaje, y deteniéndose en los pueblos de la hermosa Andalucia en placeres y festines, dió lugar á que un soldado español que le acompañaba, y conocia la importancia de los pliegos de que era portador, se los robase y presentara al monarca de Castilla y Aragon.

La noticia de la toma de Oran exasperó el fanático entusiasmo de los moros de Tremecen. Habian llegado tarde al socorro de Oran; pero descargaron su furor degollando á todos los cristianos y judios que por razon de su comercio se hallaban establecidos en aquella ciudad. No bastó á contenerlos la buena voluntad del rey de Tremecen; pero fué tal el terror que inspiró á la morisma la conquista de Oran, que los mismos tremecinos, despues de haberse abandonado á tan bárbaro esceso, y los habitantes de los pueblos inmediatos abandonaron su patria y se salvaron huyendo al Oeste al lado de Fez.

El general Pedro Navarro, cuyo genio era duro, altivo y envidioso, genio que mas tarde le llevó á manchar la gloria de su nombre abandonando las banderas españolas y pasándose al servicio de la Francia, combatiendo en Italia en las huestes de Francisco I contra el emperador Carlos V, veia con ojo envidioso la gloria que conseguia un fraile, como él llamaba con desden al prelado de Toledo. Quiso este general, á despecho de lo convenido solemnemente entre el Car-

denal y el Rey Católico, declarar á Oran patrimonio real, diciendo que una vez terminada aquella conquista, para la que habia recibido órdenes de Cisneros, debia considerarle ya como una persona particular y dirigir él la conquista de las demás posesiones del Africa como general del Rey Católico. Era demasiado prudente el cardenal Jimenez de Cisneros para hacer que hubiese una division y una disidencia pública en el ejército en tan criticas circunstancias; opuso el silencio á las injurias, y continuó dando sus órdenes á Navarro, cual si este no hubiese hecho declaracion alguna.

No procedia la mala inteligencia del prelado y el general únicamente del carácter altivo y envidioso de este. Jimenez de Cisneros con la fuerza de su voluntad, con esa firmeza de carácter que le permitió hacer tantas y tan grandes cosas, hubiera domado la resistencia que le oponia Navarro; empero este estaba sostenido por el mismo rey. Jimenez de Cisneros interceptó una carta que el rey dirigia al general, carta que marca la doblez de aquel monarca, y su ingratitud al hombre que habia añadido un nuevo florón á su corona. En esta carta decia el Rey Católico á Pedro Navarro las siguientes palabras:

«Detened á ese buen hombre, que no vuelva tan á prisa á España. Conviene usar de su persona y dinero entre tanto se pueda; detenedle si podeis en Oran, y pensad en alguna nueva intercepta.»

Conoció entonces el anciano Cardenal que el rey deseaba verlo morir en aquellos abrasadores y estrañeros climas; recordó la suerte del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, y la que habia cabido al glorioso descubridor de un nuevo mundo, Cristóbal Colon. Entonces el Cardenal, acostumbrado siempre á desafiar y combatir los obstáculos de frente, nombró á Navarro general en jefe de la expedicion, declarando que los ancianos eran demasiado circunspectos y demasiado timidos, y que seria mas útil su direccion para la guerra de Africa, y él mas conveniente al lado del rey para dirigirle con sus consejos. Dejó al general Navarro una suma considerable para la reparacion de los buques, y dió el mando del castillo de la Alcazaba al capitán Villarroel; y dejando bien abastecida de víveres aquella plaza, dió la vuelta á España.

Hizose á la vela el 23 de mayo del mismo año alejándose de Oran, aquella ciudad que habia conquistado con su energia, con su politica y con los recursos que habia allegado, y en el mismo dia desembarcó en Cartagena. Allí permaneció siete dias para establecer una rápida comunicacion marítima entre Cartagena y Oran, y se dirigió á su ciudad querida de Alcalá para reponerse de las fatigas que habia sufrido en su corta pero gloriosa campaña.

La ciudad de Alcalá le mandó una diputacion para felicitarle por su llegada; y al verle tan pálido y tan delgado, le manifestó su sentimiento; empero el prelado dijo que no era la falta de salud la que le habia hecho volver á España; que, al contrario, hubiera conquistado todas aquellas regiones si el ejército le hubiera permanecido fiel.

La ciudad de Alcalá, que tanto debía al cardenal Cisneros, quiso recibirle triunfalmente, y derribó una parte de sus murallas para que por ellas entrase; pero el modesto prelado rehusó

aquel honor, y entró por una de las puertas ordinarias.

Del inmenso botin que se habia cogido en Oran, el Cardenal solo se habia reservado el báculo sagrado de un Alfaquí moro, unas lámparas y las llaves de la ciudadela de Oran, que fueron colocadas en la iglesia del colegio de san Ildefonso. Con el bronce de los cañones cogidos á los moros se fundieron las campanas de la capilla de la Universidad. Estas campanas, monumento de una de nuestras glorias nacionales, han sido vendidas á vil precio en esta época de ilustracion y de cultura en que vivimos. La capilla de san Ildefonso, que contenia estos trofeos del valor español, es hoy un pájar, y no ha venido al suelo porque el entusiasmo de los habitantes de Alcalá, formando una compañía por acciones de á cien reales cada una, y estableciendo por base que nadie pueda ser poseedor de mas de treinta de ellas, la rescató del poder del conde de Quinto, que adquirió en venta de bienes nacionales la universidad de Alcalá toda entera con la capilla de san Ildefonso, por el fabuloso precio de cincuenta mil reales!!! Así pues, el edificio, aunque desmantelado, de la universidad de Alcalá de Henares, y la capilla de san Ildefonso se conservarán siempre en poder del pueblo, porque nadie podrá alegar su exclusiva propiedad, á causa de no ser posible reunir nadie mas de treinta acciones, ó sean tres mil reales.

El recuerdo de la conquista de Oran está consagrado particularmente en un hermoso cuadro pintado en el arco tercero de la capilla mozárabe de la catedral de Toledo. Allí está representada aquella gran conquista con una inscripcion latina que trasmite á la posteridad el breve resumen de su gloriosa historia.

El cardenal Jimenez de Cisneros tuvo el pesar de saber que despues de su marcha de Africa no se habian seguido sus sábios y políticos consejos. Los generales Navarro y Vianelli, con sordida avaricia, á pesar de haber dejado bien provista la plaza, provocaron una ficticia carestia, alzaron el precio de los granos, y se aprovecharon de esto impidiendo usurariamente la entrada de cereales en la ciudad.

A pesar del desinterés con que se habia portado el cardenal Jimenez de Cisneros, y que no habia traído nada del rico botin de Oran, tuvo que pasar por la humillacion por que años antes habia pasado tambien el primer Capitan del mundo en aquella época, el Gran Gonzalo de Córdoba, á quien el Rey Católico exigia cuentas detalladas despues de haberle conquistado un reino tan importante como el de Nápoles. El cardenal Jimenez de Cisneros pasó por la humillacion de que comisionados del Rey Católico fuesen á visitar su palacio de Toledo, y examinaran qué objetos habia en él que pudiera haber traído desde Oran. Exigia el Rey Católico estas cuentas del prelado de Toledo, cual las exigió del Gran Capitan, para eludir el pago de las cantidades que habia adelantado el Cardenal, y cuyo reintegro habia estipulado solemnemente.

La politica previsora del cardenal Jimenez de Cisneros marcó ya la direccion que debia llevar el valor español. El Africa era el campo donde debió haberse lanzado á combatir la España para plantar en ella el estandarte de la cruz, vengar los ultrajes de una dominacion de siete siglos, y

llevar la civilización á aquellas hordas bárbaras y salvajes. Perdiéronse los tesoros y los ejércitos de la España combatiendo en Flandes y en Italia, y se descuidó la conquista natural á que estaban llamados los españoles en Africa.

En estos momentos las injurias inferidas por los moros del Riff, los ataques con que aquellas hordas indisciplinadas amenazan á las cortas posesiones nuestras en las costas del Africa han sobreexcitado el entusiasmo nacional, pronto siempre á responder á los grandes proyectos en que se interesa la gloria de su religion y el honor de su patria. ¡Quiera el cielo que no sea perdida esta vez mas la ocasion que la Providencia ha presentado á los españoles para apoderarse de estas regiones y plantar en ellas el estandarte de la cruz, como afortunadamente acaba de hacer en nuestros dias la nacion francesa.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTIFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

La industria lanera. — Consideraciones sobre su importancia en España en otros tiempos. — Caracteres y clases diferentes de lanas. — Breve reseña de los procedimientos que se emplean para preparar ó hilar la lana. — Tejidos de lana, su variedad y la influencia higiénica de su uso.

En las *Lecturas* insertas en los números 29, 30 y 32 de este SEMANARIO, principiamos á ocuparnos de las materias textiles, estudiando un breve estudio respecto al algodón, á la seda y al lino y cáñamo; en la actualidad pensamos tratar de la industria lanera, que disputa su antigüedad á la del lino, y que desde luego es mucho mas útil y digna de aprecio que la de la seda y que la algodopera, por ser esta mucho mas moderna, y aquella industria verdaderamente de lujo y fantasía, cuyo carácter no es ciertamente el que distingue á los diferentes tejidos que se fabrican con la lana. Existe á mas otra razon, que aumenta en nuestra patria el afecto con que se distingue la industria á que nos contraemos. A pesar del estado de postracion de nuestras industrias, los españoles no podemos poner en olvido que las lanas y los paños fabricados en nuestro suelo, gozaban en la edad media de aprecio universal, y que los paños de Barcelona, de Lérida y de otras poblaciones importantes, se buscaban con grande ahinco en las córtes de todos los soberanos. Tambien consigna la historia, que Inglaterra debió á la persecucion de los protestantes en los Países Bajos, los primeros fabricantes que iniciaron la industria lanera en sus islas; y que la Francia, lo mismo en 1757, que en 1776, 1786 y 1799, debido á mercedes de nuestros reyes, ó por estipulaciones admitidas en diferentes tratados y convenios, recibió de España los magníficos rebaños á los cuales es deudora de su industria lanera. Hoy mismo, en medio del estado de atraso en que vegetan los gérmenes industriales que poseemos, las lanas españolas á la par que las de Sajonia, constituyen una de las dos clases mas buscadas, y cuyo tratamiento industrial difiere, segun tendríamos ocasion de manifestar, del que se aplica á la lana que procuran los rebaños célticos.

No nos detendremos en enumerar las diferentes

clases de lanas que se encuentran en los mercados, ni en detallar sus caracteres; puesto que para efectuarlo, necesitaríamos mayor espacio del que podemos disponer; por lo mismo nos contentaremos con manifestar, respecto á nuestro país, que tanto en el interior como en los mercados extranjeros, son muy apreciadas las lanas leonesas, segovianas, sorianas y navarras. Las clases finas, así como las de Sajonia y de Inglaterra, por su longitud, lustre y finura, pueden peinarse en lugar de cardarse, como es preciso efectuarlo con otras lanas, cuyos filamentos se presentan encrepados y constituyendo cierto enlace. La lana en bruto contiene cierta sustancia sólida y endurecida, á la cual se une otra aceitosa: la primera no es soluble en el agua fria ni caliente, cualquiera que sea su temperatura, y por lo mismo debe atacarse por el empleo de baños corrosivos; en cambio la materia aceitosa es soluble en el agua fria. La lana al entregarse á los establecimientos para trasformarla en hilos, ha sufrido ya ciertas operaciones para lavarla y despojarla de las materias á las cuales nos hemos contraído; pero aun así, en las fábricas, se sujeta á nuevos procedimientos, y solo despues de estos y de encontrarse perfectamente seca, se somete á unas máquinas, denominadas *diablos* antiguamente en muchos establecimientos, por medio de los cuales se limpia y despoja perfectamente la lana de todos los cuerpos estraños que le acompañan.

Ya hemos indicado anteriormente que la lana, segun sus clases, se cardaba ó peinaba; en la actualidad manifestaremos que son infinitos los mecanismos que se han inventado para realizar dichas operaciones; siendo, por lo tanto, de todo punto imposible describir los aparatos, muchos de ellos ingeniosísimos, que se han combinado para confeccionar las cintas, que son el resultado de las cardas ó máquinas de peinar. Para disminuir é igualar dichas cintas, se someten á la accion de cilindros, semejantes á los que se emplean en las hilanderías de algodón, desde los cuales pasan á otros aparatos, en los que las cintas reciben cierta torsion que las transforma en mechas, torsion muy diversa de la que experimentan en las diferentes máquinas de hilar, en las cuales las mechas se trasforman en hilos, segun el número y calidad que requiere el empleo al cual se destinan.

En breves palabras acabamos de esponer los principales procedimientos por medio de los cuales se hila la lana; pero al estudiar detenidamente una hilandería, al examinar la combinacion de los mecanismos rápidos y económicos que en ella funcionan, y al compararlos con los que durante varios siglos han estado en uso, desde la infancia de las sociedades hasta principios de este siglo, se confirma nuevamente que la aplicacion maravillosa de la mecánica ha creado los admirables aparatos que reemplazaron la rueca y el trabajo doméstico. En efecto, en 1785, Watt aplicó por vez primera el esfuerzo del vapor para poner en movimiento las máquinas destinadas á hilar la lana; y la Inglaterra, esa nacion tan opuesta actualmente á todo sistema de prohibicion, condenó bajo pena de muerte la esportacion de aquellas máquinas. En un principio, cual acontece casi siempre en todas las industrias, el uso de los aparatos para hilar la lana produjo entre los obreros las revueltas y perturbaciones con que en

otras épocas recibian las máquinas que consideraban hostiles, y que, en último resultado, solo han servido para mejorar su condicion, cualquiera que sea el punto de vista bajo el cual se considere. Felizmente, andando el tiempo, el progreso y las tendencias de la civilización actual, al condensarse, han ido venciendo todos los inconvenientes que se oponian á los adelantamientos industriales, y hoy la filatura de la lana, por su produccion, por la variedad de la misma y por los nuevos y continuos perfeccionamientos que atesora, se encuentra á la altura de las del algodón y de la seda, y de cuantas nos han ocupado en las *Lecturas* dedicadas á las industrias textiles, añadiendo á esta circunstancia una capital que no poseen las demás, que consiste en ser indígena y nacional en la mayor parte de todos los pueblos.

Gracias á la revolucion económica-industrial que se opera en todas las industrias, nos es de todo punto imposible detallar las diferentes clases de tejidos de lana que se han combinado, cuyos matices, variedad, brillo y tejido se encuentran al alcance de todas las fortunas. Para lograr estos resultados, la lana se ha unido con el algodón y la seda, y merced á los progresos de la química, el paño que, en otra época no muy lejana, se mostraba refractario á los tintes variados, acepta en la actualidad todos los colores y todos los matices que el deseo del industrial quiere prestarle, y á cuyo logro concurre en gran manera la aplicacion del vapor. El consumo de los tejidos de lana ha ido aumentando de una manera considerable en virtud de los perfeccionamientos á los cuales nos contraemos, y de la reduccion constante de sus precios. Los mismos chales de la India, que en otros tiempos solo eran la propiedad de los potentados, imitados por la industria moderna con sus colores y dibujos fantásticos, se encuentran al alcance de todas las fortunas, amoldándose tambien á las necesidades y exigencias de todas las clases sociales.

La influencia de los tejidos de lana, considerada bajo su aspecto higiénico, es importantísima, y éste el motivo por el cual hemos dicho que es entre todas las materias textiles la mas útil al hombre. Los ingleses tan afectos á lo *confortable*, segun observa un concienzudo escritor, se visten de lana por completo para garantizarse de la influencia de las perturbaciones atmosféricas. En nuestro país, los moradores de sus montañas y los de las provincias mas azotadas del frio, conservan casi constantemente la capa: en el ejército, lo propio para el verano que para el invierno, se estiende el uso de los tejidos de lana, y una experiencia continuada prueba, segun el testimonio de autoridades respetables, que el día en que las clases trabajadoras puedan usar la franela por reducirse su precio, disminuirá notablemente su mortalidad; puesto que gran número de las enfermedades reconoce como origen las acciones inmediatas, bruscas, violentas y contrarias de las variaciones atmosféricas, á cuyo influjo se opone el uso de los tejidos de lana.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

A consecuencia del resultado que arroja la

causa de conspiración contra la vida del Sultan, se anuncian algunos cambios en el alto personal de la administración del Imperio turco. La separación de Omer-Bajá ha sido generalmente muy sentida, por la gran reputación que supo adquirirse como general en jefe de las tropas turcas, en la guerra de Crimea.

El embajador de Cerdeña en Roma ha abandonado esta capital, por haberle entregado sus pasaportes el gobierno pontificio. El papa, además, ha pronunciado recientemente en un consistorio secreto, una terrible alocución contra el Piamonte y contra todos aquellos que directa ó indirectamente han tomado parte en los hechos de que han sido y continúan siendo teatro las Legaciones. Una de las frases mas benignas que contra esos hombres contiene la protesta papal, es la de que no saben lo que se hacen, con que termina este documento.

Empieza á adquirir consistencia el rumor de que el congreso europeo encargado de negociar la paz, se reunirá, no en Bruselas, como tantas veces se ha asegurado, sino en Paris. Dicese que el Austria no se opone á esto.

Las últimas noticias de la India inglesa son desfavorables á la Inglaterra. Los jefes indigenas insurrectos continúan burlando la vigilancia y la estrategia de los generales ingleses, que no saben cómo reemplazar los miles de soldados que han dejado el servicio. En Mowh se sublevaron los presos de una cárcel, asesinaron al agente inglés y se apoderaron del fuerte.

No son mas pacíficas las nuevas últimamente llegadas de América. Noticias de Nueva-York dicen que la guerra de Méjico se acerca á una crisis, porque ambos ejércitos se preparaban á una batalla decisiva.

En Venezuela ha corrido la sangre á torrentes en la toma de la Guayra. Los federalistas tuvieron 400 muertos y 500 prisioneros. Parece que el cónsul inglés, acusado de connivencia con los revolucionarios, fué preso por orden del gobierno de Caracas.

Segun la Nueva Gaceta de Prusia, el emperador de los franceses ha declarado en Biarritz al embajador inglés, que mantendrá intactas las estipulaciones de Villafranca.

Los periódicos alemanes han dado tregua á la cuestión de Italia, y se ocupan con mucho calor de la reforma federal, que tanto agita hoy la Alemania.

El arzobispo de Burdeos se presentó al emperador en aquella ciudad, y le dirigió un discurso acerca del poder temporal del papa. Luis Napoleón contestó al prelado diciéndole «que en esta cuestión no se debía apelar á las pasiones ardientes ni esparcir inútiles alarmas, sino que era preciso hacer justicia y fortalecer al papa en sus buenas intenciones. Espresó la esperanza de que una nueva era de gloria se presentará para la Iglesia, cuando todos participen de la convicción de que el poder temporal de los pontífices no se opone á la libertad é independencia de Italia;» y añadió «que su gobierno había dado á Pio IX consejos inspirados por la mas sincera y respetuosa adhesión; pero que se inquietaba al pensar en el día no lejano, en que las tropas francesas habrán de abandonar á Roma, puesto que Europa no puede permitir una ocupación indefinida, y que cuando el ejército francés se retire, dejará atrás

si la anarquía y el terror, ó la paz. Estas son las cuestiones que es preciso resolver,» terminó diciendo el emperador.

A consecuencia del asesinato del coronel Anviti, antiguo jefe de la gendarmería del duque destronado, la ciudad de Parma ha sido ocupada por tropas de Módena y Toscana. Los principales culpables, en número de catorce, están presos, y serán juzgados por los tribunales. En la ciudad y en todo el Ducado reinaba la tranquilidad, habiendo sido nombrado comandante general del país, el general Ribotti. Asimismo, se dirigían á Parma las tropas piamontesas que estaban en Plasencia.

El embajador de Cerdeña, á quien como hemos dicho, entregó sus pasaportes el gobierno pontificio, recibió en su despedida las mayores pruebas de afecto y simpatía por parte de infinitas personas. Dicese que antes de marchar, recibió mas de diez mil targetas.

Las noticias de Zurich, relativas á la autorización del convenio, continúan siendo contradictorias. A Paris han llegado algunos personajes importantes de varios puntos, y se anunciaba la llegada de algunos otros. Asegurábase en dicha capital que estos viajes tienen relacion con los deseos que animan á Europa, de resolver pronto la cuestión de Italia, á fin de evitar la repetición de escenas tan desagradables como las que últimamente han ocurrido en Parma.

Las noticias de Turquía son deplorables. Escriben de Constantinopla que el Sultan no ha salido á la calle desde que se descubrió la conjuración contra su persona, y que el ministerio turco será reemplazado, ó cuando menos, sufrirá una esencial modificación. Muchos de los agresores contra los judios, en Egipto, han caído en poder de la policía. Foad-Bajá estaba gravemente enfermo, y en la isla de Candia los cristianos y los turcos se negaban á entregar las armas. Además de esto, ha estallado una insurrección en Alepo (Turquía asiática), al paso que en Koniah, el gobernador fué asesinado por las tropas. Inútil es decir, despues de esto, que la situación financiera del Imperio es lamentable. Por último, las circunstancias eran tan críticas, que el cuerpo diplomático se reunía diariamente.

Las esposiciones ó protestas que el episcopado francés está dirigiendo á la Francia, bajo el nombre de *pastorales*, á propósito de los asuntos de la Rumania, preocupan fuertemente la atención en el país vecino, y son objeto de acaloradas polémicas entre varios periódicos. Ya han protestado ocho ó diez obispos y se esperaba que algunos otros seguirían su ejemplo; si bien es posible que las palabras dirigidas por el emperador al arzobispo de Burdeos, y su alusión á ciertas *inútiles alarmas y pasiones ardientes*, produzcan su efecto.

Alarmas, temores, desconfianzas recíprocas, dudas, amagos de próximos é inminentes trastornos, armamentos y confusión babilónica; ¡hé aqui la situación general!

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

La Gaceta del 9 de octubre publicó la ley de

Minas sancionada por S. M. El día 10 se publicó el reglamento para la ejecución de dicha ley.

—De real orden se ha dispuesto que todos los magistrados de las audiencias de Puerto-Rico, Cuba y Filipinas estén, no solo en el deber de admitir y desempeñar el cargo de acompañador del auditor, sino que deben aceptar y desempeñar asimismo la auditoría en los casos de vacante, ausencia ó enfermedad del propietario.

—De real orden se ha autorizado á D. Diego Sanchez, vecino de Zamora, para que reforme las aceñas que posee sobre el río Valderadney, con arreglo al proyecto presentado.

—De real orden se ha dispuesto que los grados recibidos en la universidad de la Habana den derecho de incorporarse á las universidades del reino.

—En la sesión del Congreso del día 8 del corriente se dió cuenta del dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley que fija la fuerza de ejército, y autorizando al gobierno para que en caso de necesidad lo haga ascender á 160,000 hombres.

—Sigue en el Congreso la discusión sobre el proyecto de ley presentado por el gobierno respecto á los asuntos de Roma.

—La administración militar está tomando las disposiciones necesarias para que el ejército expedicionario tenga pan fresco á menudo y no se alimente exclusivamente de galleta. Se han comprado 20,000 tiendas de campaña capaces de abrigar hasta 60,000 hombres.

—El importe de la deuda flotante en 1.º de octubre del corriente año ascendió á 573.719,899 reales 97 céntos.

—Pronto se dará principio á las obras para la construcción de la parte de carretera de Barcelona á Valencia, comprendida entre la plaza circular llamada de la Zaidía y las casas de san Gerónimo.

—Se ha abierto el ferro-carril del Grao de Valencia á Almansa á la circulación pública.

—La cosecha de cochinilla no ha sido tan abundante como se creía en algunos distritos de Canarias.

—En los días 28, 29, 30 y 31 del presente mes de octubre se ha de celebrar en Barcelona una esposición agrícola.

—Se dice que el día 28 tendrá lugar la inauguración del ferro-carril del Esté de Barcelona. En este se podrá ir de Barcelona á Gerona en 6 horas.

—El presupuesto para la conducción á Alicante de aguas potables, de la casa Blanca, importa 610,786 rs.

—Los tipos á que se han cotizado los valores españoles durante la primera semana de octubre en la bolsa de Paris, han sido los siguientes:

3 por 100 exterior.	45
— interior.	44 1/2
Diferido convertido.	34 1/2
Pasivo sin interés.	11 1/4
Zaragoza (acciones).	460
Crédito moviliario.	485
Sociedad mercantil.	440
Compañía de crédito.	278
Jerez á Cádiz (acciones).	538 75
Sevilla á Córdoba (id.).	505
Tarragona á Reus.	545

—En la primera semana del corriente mes han circulado por el ferro-carril de Madrid á Alicante 17,645 viajeros, y por el de Zaragoza 8,569.

—El día 2 de enero de 1860 tendrán lugar en el Colegio Naval los exámenes para proveer cincuenta plazas de aspirantes creadas en dicho establecimiento.

—La Junta de la esposicion Hispano-americana se ha reunido con objeto de elegir el local mas conveniente para la construccion del edificio. Entre las proposiciones presentadas, la Junta ha escogido la del Sr. Erice, que ofrece un número considerable de piés al precio de 30 céntimos, realizando así una economía para el Tesoro de mas de cuatro millones sobre las demás proposiciones.

—No hay noticias definitivas de Algeciras ni de Tánger.

—Se ha mandado que desde 1.º de diciembre próximo se dé principio á la expedicion que cada dos meses debe salir para Fernando Póo.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

El teatro de Novedades ha puesto en escena despues de *Miguel el Esclavo*, el melodrama en cinco actos y siete cuadros, traducido del francés por el Sr. Gil, con el título de *La Torre de Garán*. Este drama que abunda en situaciones de efecto, y no deja de tener interés, obtuvo muy-buen éxito, y su traductor fué llamado á la escena, habiendo tenido el buen gusto de no presentarse. En el desempeño de esta obra se distinguieron los Sres. Tamayo (Victorino) y Bermonet. La entrada fué muy escasa.

Ahora tomemos el ferro-carril, y trasladémonos al teatro del Circo. En este teatro se ha estrenado últimamente la comedia en tres actos titulada *El Protegido de las nubes*, y arreglada á nuestra escena con mucha conciencia literaria, por D. Carlos Pravia, del original francés *La Revanche de Lausun*. Esta comedia cuya accion pasa en Francia en tiempos de la regencia, está muy bien escrita, y abunda en chistes delicados y de buena ley, sobre todo en los actos 1.º y 2.º, pues el 3.º degenera lastimosamente hasta el punto de convertirse casi en un sainete. En esta obra se ha presentado por primera vez al público la dama jóven doña Rosa Tenorio, que posee dotes especiales para llegar á-ser con el tiempo una buena actriz. También hizo su primera salida el primer actor del género cómico Sr. Capo, que dice muy bien y tiene mucho conocimiento del teatro. El público le recibió perfectamente, aplaudiéndole, así como á la señora Tenorio. Despues de esta comedia se ha puesto en escena el drama de Victor Hugo, *Angelo, tirano de Pádua*, en el que ha alcanzado un nuevo triunfo la eminente Teodora, en el papel de *La Tisbe*, habiendo sido llamada á la escena al final de los actos 2.º y 3.º.

En el teatro del Principe se han estrenado dos piezas en un acto: la primera, titulada *Un novio de Mazapan*, tuvo un éxito desgraciado, y á estas horas habrá ido á confundirse en el panteon literario con los demás engendros de su especie. La segunda, titulada *Es una malva*, está traducida del vaudeville francés *Une maitresse bien agreeable*, original de los Sres. Paul de Kock y Lambert

Thiboust. Abunda en chistes de buen género, aunque algunos de un verde algo subido. En el desempeño de la primera se distinguió el Sr. Infantes, que por indisposicion del Sr. Mario, se encargó del papel de un perdonavidas. En la segunda sobresalieron la Srta. Hijosa, que demostró mucha inteligencia y travesura en el papel de Rosa, y los Sres. Fernandez y Catalina. Despues se ha puesto en escena en este teatro la comedia en tres actos y en verso, original del Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, titulada *La Hipocresia del vicio*. Su éxito no ha podido ser mas lisonjero para el principe de nuestros poetas cómicos. La brillante y escogida concurrencia que asistió á esta primera representacion, pidió el nombre de su autor á la conclusion del segundo acto. El Sr. Catalina salió á proclamar el del Sr. Breton de los Herreros, y el público, no contento con esto, quiso á toda costa saludar al ilustre autor de *La Marcela* y de tantas otras obras con que ha enriquecido el teatro español. Entonces el Sr. Catalina envió á buscarle á su casa, y el Sr. Breton se presentó al fin á la conclusion del tercer acto, recibiendo una ovacion tan verdadera como espontánea. En la ejecucion de esta obra se distinguieron las Sras. Palma y Cairon, y los Sres. Catalina, Calvo y Fernandez, que contribuyeron con su acierto y buenos deseos á un triunfo tan justo como legitimo. Esta obra dará muy buenas entradas al teatro del Principe, que hasta ahora es uno de los mas afortunados.

El de Lope de Vega nos ha dado un drama escrito por el Sr. Larra con el título de *Rico de amor!* cuyo pensamiento está tomado del que en francés se conoce con el de *Le Marchand de jouets d'enfant*. Su éxito fué bueno, y en su ejecucion sobresalieron el Sr. Romea y la Srta. Berrobiano que fué llamada á la escena al terminar el acto segundo, en la que se presentó acompañada de su digno maestro. Ambos fueron aplaudidos con entusiasmo por el escogido y numeroso público que llenaba las localidades.

El coliseo de Jovellanos ha hallado una mina de oro en el disparate-cómico *Entre mi mujer y el negro*, original del Sr. Olona. Nada mas disparatado en efecto que su argumento, pero tambien nada mas cómico ni que mas escite la risa del espectador. Aconsejamos, pues, á nuestros lectores, que si quieren ponerse de buen humor, no dejen de asistir á esta farsa, que además de estar muy bien desempeñada, tiene trozos de música bellísimos.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Souvenirs de vingt ans d'enseignement, par M. Ph. DAMIRON. Un vol. in-12º; Durand.

Una como introduccion autobiográfica del pensamiento encabeza este volumen, de una manera interesante é instructiva. Encierra varios discursos concernientes á varios particulares de moral y teodicea, en que M. Damiron inquiere de qué suerte se hizo el filósofo. Recuerda, al efecto, los primeros años de su vida, en los nuevos horizontes que se desplegaban delante de su razon, á sus primeros pasos en el magisterio. Hay en estas breves páginas revelaciones curiosas

respecto á los hábitos intelectuales de la escuela ecléctica. Los siguientes discursos presentan el padecimiento como prueba de la inmortalidad del alma; la gracia bajo un punto de vista filosófico; el gobierno de la Providencia. Deducen M. Damiron que ha llegado á hacerse necesaria una eficaz reparacion de nuestras mas santas creencias y que la filosofia no podria permanecer extraña é indiferente á tal objeto.

La Marquise d'Orgedeuil, par M. Charles de NOGERET. Un vol. in-18; Jules Tardieu.

Las grandes novelas, las novelas de proporciones colosales carecen ya de oportunidad: en su lugar se presenta la moda de narraciones mas sucintas, á la par que mas cortas y rápidas. ¿Ha existido en la vida contemporánea algun cambio que explique esta evolucion de la literatura novelesca, ó acaso se habrá negado semejante espíritu de invencion, una vez cansado y agotado, á seguir el camino moderno en sus agitaciones? Tal es el hecho, y su observacion curiosa. Mediante una doncella que ha tenido que pasar por las vicisitudes de un matrimonio desproporcionado y de la viudez, alterada por una súbita miseria, para encumbrarse hasta una mas dichosa existencia, ha construido M. de Nogeret su rápida ficcion, la cual, de suyo, se ajusta al cuadro de la vida cotidiana. Así en esta narracion como en las anteriores del propio autor, se perciben el tacto, la facilidad y la elegancia del hombre que escribe, no tanto para escribir, como para proporcionarse una distraccion, y que ha logrado hacer de la *Marquise d'Orgedeuil* una de aquellas agradables lecturas que pueden entretener una hora en el campo y la tertulia.

Une vie, par M. Raymond d'aigny, conseiller á la cour imperiale de Lyon. Lyon, 1859.

La aficion á las memorias se ha extendido notablemente en nuestros dias. Solo que los que antes las escribian, demoraban, cuando menos hasta su muerte, la publicacion de las mismas; mas hoy los autores se constituyen, en vida, en editores de sus memorias. Este libro, cuyo título es *Una vida*, y publicado por M. d'Aigny, no es mas que la narracion de una carrera, que dió principio hace treinta años, el día siguiente de la revolucion de julio, en una pequeña poblacion del Mediodia. Nada acaso ofrece un interés mas moral que esta sencilla y recta carrera de un magistrado, que experimenta si sus contratiempos y combates inesperados, que sigue con lentitud, halla su brillantez en una oscura probidad, y que, sin haberse mezclado en la politica, refleja con bastante frecuencia todo el movimiento de una época. Los relatos de M. d'Aigny son á menudo animados y descubren un espíritu ardiente, una imaginacion pronta en conmoverse. Este libro de *Una vida* es, en una palabra, un libro esencialmente personal, que podria tambien suministrar mas de un rasgo característico, si se quisiera pintar en su verdad la existencia de la que puede llamarse un magistrado en nuestros tiempos, es decir, de treinta años á esta parte.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere
—editor responsable y propietario.—



El día de los recuerdos.

Todos los pueblos de la tierra tienen fiestas en honor de los finados. Todos los de la cristiandad celebran el día de Difuntos. El sentimiento es universal; las formas con que se expresa son siempre particulares. En el fondo todas se semejan; en la forma todas varían. Hé aquí la multitud de un pueblo de Francia que va al campo santo en procesión con un estandarte, como si fuera un motín de mujeres y de niños. ¡ Niños y

mujeres que van al campo santo! ¡Cuánto no dice eso para un ánimo reflexivo! Los dos tipos de la debilidad y de la ternura van en tropel al campo de la muerte a llorar. Donde quiera que haya lágrimas que verter, allí está la compasión del hombre. Donde quiera que haya un sentimiento tierno que manifestar, ahí está la mujer acompañada de niños.

SUMARIO. Ocho días en el Castillo, por Federico Soulié, pág. 689.—La Hija de Antonio Perez, por D. Pedro Escamilla, pág. 693.—La Cuestion de Marruecos, pág. 695.—Seccion religiosa, pág. 698.—Seccion científica, pag. 701.—Crónica extranjera, pág. 704.—Crónica española, pág. 702.—Revista de teatros, pág. 705.—Bibliografía extranjera, pág. 705.

Advertencia importante:—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Nota.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID : 1859.—Imp. de Bailly-Baillière.